

CARLOS GOROSTIZA

EL PUENTE

Adaptación para la escena española de
ANTONIO BUERO VALLEJO

EDICIÓN
DE
JAVIER HUERTA CALVO

ADVERTENCIA

Nos han llegado dos copias mecanografiadas de la versión que de *El puente* hiciera Antonio Buero Vallejo. Una pertenece al propio Carlos Gorostiza, que la conserva en ejemplar primorosamente encuadernado (versión A). Cuando la recibió, el dramaturgo argentino le escribió a Buero para comentarle sus desacuerdos con la «traducción» de ciertos términos y giros propios del español rioplatense. Es entonces cuando se genera la segunda versión del texto: Buero añade y corrige a mano sobre la copia mecanografiada y así la entrega al Departamento de Censura. Es eso lo que explica la nota que pone en la primera página: «¡Por favor! ¡Devolución a Buero Vallejo en cualquier caso! Único ejemplar». A esta versión definitiva es a la que llamaremos B. Años después el dramaturgo español –sabiéndolo único– intentaría rescatar este original a través de un tercero: «Por la presente autorizo a don José Moraleda para que solicite del Departamento de Censura de Obras Teatrales de la Dirección General de Cinematografía y teatro, la cesión temporal del ejemplar allí existente de la adaptación castellana de la obra argentina *El puente*, original de D. Carlos Gorostiza; adaptación de la que soy autor y cuya cesión, por no disponer de ejemplares, necesitaría el Sr. Moraleda para sus proyectos escénicos, a efectos de sacar copia de la citada adaptación. Madrid, 14 de mayo 1957»¹. Pero de esa copia –si es que finalmente se hizo– nada sabemos.

Tomó, pues, como texto base la que llamaré versión B, en la que hay cambios significativos, no solo los motivados por las sugerencias que el autor argentino le había hecho al estar disconforme con algunos cambios léxicos, sino otros que mejoran notablemente el estilo. He de agradecer muy especialmente a Carlos Buero la atención con que ha revisado y corregido los diversos borradores que le he ido mandando a lo largo de este apasionante proceso por recuperar un casi desconocido episodio en la historia teatral de la posguerra española.

¹ Y, efectivamente, el ejemplar se recibe: «He recibido del Departamento de Censura de Teatro, un ejemplar de la obra titulada *El puente* de Carlos Gorostiza, cuyo ejemplar me comprometo a devolver en el plazo de 10 días a partir de la fecha de este recibo. Madrid, 31 de mayo 1957. J. Moraleda».

PERSONAJES

En la casa

RODOLFO: muchacho «bien». Parece despierto, pero es un idiota.

ELENA: esposa del ingeniero. Histérica y dueña de casa. Todo es claro y neto para ella.

PADRE: conoce a su hija. Y algo más. Pero es tarde y no tiene valor.

TERE: habla como una visita. Es una «visita».

PANADERO: un panadero.

UN HOMBRE DE CAMPERA DE CUERO.

DOS ENFERMEROS

En la calle

PATO: le gustan las cosas bien hechas.

TESO: tiene el espíritu por ahí.

RONCO: formal; cree que así debe ser.

PITÍN: el más travieso.

MINGO: amigo de TILO. Serio, tímido, callado.

TILO: piensa.

ÑATO: no piensa.

ANGELITA: una muchachita.

MADRE: su madre.

TRES O CUATRO MUJERES que van a misa.

PRIMER ACTO

PRIMER MOVIMIENTO

LA CALLE

Es una esquina de barrio: una puerta grande de madera, cerrada y negra, hace ochava. A la izquierda, en diagonal, una calle se desliza. La casa enseña uno de sus ojos –un balcón enorme, también negro y cerrado–. A la derecha, más en diagonal, otra calle se pierde, más corta y estrecha; también allí muestra la casa otro de sus ojos: un balcón grande, negro y cerrado. En la puerta, un umbral blanco es el refugio de los muchachos.²

El telón comienza a subir con lentitud y al mismo tiempo se escucha claramente el tañer de campanas de una iglesia vecina. Pasan mujeres de izquierda a derecha, algunas con el velillo sobre sus cabezas. El tañer de campanas continúa. Las mujeres ya han pasado. Por la derecha aparece PATO, «cabeceando» una pelotita de goma. Juega con ella mientras llega frente a la puerta y mira a lo largo de las dos calles. Luego se decide y se sienta sobre el mármol blanco del umbral. Golpea la pelota contra el costado de la entrada con suma tranquilidad; está esperando. En ese momento, las campanas han terminado su fastuoso redoble y una sola campanada aislada anunció, definitivamente, las diez y media de la mañana. Entonces llega, también por la derecha, TESO. Viene silbando bajito y calla cuando ve a PATO, que está sentado de espaldas. Camina con suavidad y cuando está a su lado le arrebata la pelota, que volvía de un rebote contra la pared.

PATO. ¡Eh, tú! ¡Trae!

TESO. *(Juega con la pelota y la lanza al aire, abriendo los brazos y embolsándola cuando cae. Habla como un locutor deportivo.)* Y una magnífica parada, Teso recoge la pelota, salvando un momento de apuro para el Atlético...³

PATO. *(Estirando la mano.)* Échala, échala. A ver si la pierdes, que es de mi hermanillo.

TESO. *(Le arroja la pelota y se sienta a su lado, refunfuñando.)* ¡Y para qué la has traído, entonces!

(Pausa.)

² En la obra original (en adelante G) esta acotación inicial aparece embebida con la siguiente del Primer movimiento. Buero la separa, pero preferimos restituirla a su lugar originario. Sigo *El puente* por la edición de Edith R. de López del Carril (Buenos Aires, Colihue, 1993).

³ En la carta 7 Gorostiza le sugiere a Buero cambie el nombre del portero –Tesorieri– por el de Zamora, guardameta tan conocido en España como aquel en Argentina. Pero Buero desatiende el consejo, a mi juicio oportunamente, pues con el nombre del mítico portero español no podría utilizar el abreviado –Teso– con que es conocido el personaje en G.

PATO. Si vienen los muchachos, ¿jugamos?

TESO. ¿Estás loco? ¿Y el partido de esta tarde?

PATO. (*Mirando hacia arriba.*) ¿No viste cómo está el tiempo?

TESO. Es una nube pasajera...

PATO. Sí, pasajera. Cuando jugamos contra Honor y Gloria también era pasajera...

TESO. Bueno, pero aquel día era diferente. (*Vuelve a mirar.*) ¿No ves cómo se van las nubes? (*Señala.*) Mira. Mira. Siempre que van para aquel lado, después se aclara.

(*Pausa.*)

PATO. ¿Viene el Ronco? (*Mientras habla juega con la pelotita contra el suelo.*)

TESO. No sé nada. ¿Y tú?

PATO. Yo tampoco.

TESO. ¿Y de centro quién juega?

PATO. Ya veremos.⁴ ¿Viste anoche a Andresito?

TESO. Todavía no había llegado.

PATO. ¡También qué trabajo se fue a buscar!

TESO. Le pagan bien...

PATO. ¿Cuándo terminan ese puente?

TESO. Creo que el mes que viene. Pero parece que después lo mandan más lejos.

PATO. ¡Atiza!

TESO. Sería un fastidio, ¿eh? (*PATO lo mira.*) Es un buen centro...

PATO. ¡Claro! (*Pausa.*) ¿Qué hicisteis anoche?

TESO. Fuimos al baile.

PATO. (*Disgustado.*) ¿No sabíais que esta tarde había partido?

TESO. Fue sólo un rato. (*Como disculpándose.*) El único que bailó fue el Ñato.

PATO. ¡Vaya una gracia! Después ni os podéis mover...

TESO. Fue el Ñato el que quiso ir. Nosotros queríamos ir a ver la pelea.

PATO. (*Esto es lo que le interesa.*) ¿A qué hora os acostasteis?

TESO. (*Como quejándose.*) ¡Temprano!

PATO. A las cinco.

TESO. ¡Si del baile nos fuimos a dormir!

PATO. ¿A qué hora?

TESO. (*Titubeando.*) A eso de las cuatro...

PATO. ¡Muy bonito! ¡Ojalá perdáis hoy!

TESO. ¿Es que tú no juegas?

PATO. Claro que juego.

⁴ A: Pues... ya veremos.

TESO. ¿Y entonces por qué dices «perdáis»?

PATO. (*Amoscado.*) ¡Déjame en paz!

(*Aparece RONCO, también por la derecha. Llega frente a los muchachos.*)

TESO. ¿Qué hay, Ronco?

RONCO. ¿Qué contáis?

PATO. (*Sin saludar.*) ¿Juegas hoy, Ronco?

RONCO. Claro.

(*Se sienta en medio de los dos. Lleva un traje barato que cuida.*)

TESO. ¡Ronco!

(*Lo abraza y lo despeina algo; juega como hacen los muchachos, con puñetas en los brazos, etc.*)

PATO. ¿Y te vienes así? (*Por el traje.*)

RONCO. Luego me lo quito. Vine a comer con mi tía.

TESO. ¡Verás qué partido va a ser!

RONCO. ¿A qué hora se juega?

TESO. De tres a cinco.

PATO. Si no llueve...

TESO. ¡Qué va a llover!

PATO. ¡Mira cómo está! (*Mira hacia arriba; lo imitan los otros dos.*)

TESO. ¡Ya se están yendo!

RONCO. (*Baja la mirada; los otros no.*) ¿Juegan todos?

PATO. (*Ahora sí bajan la cabeza.*) Andresito... no sabemos.

RONCO. ¿Por qué?

TESO. Parece que todavía no vino.

RONCO. ¿Y el equipo cómo se forma?

PATO. Pues... si no viene Andresito, ponemos al Mingo. (*Pausa.*) Después: Teso; (*Lo señala.*) yo y Valero; Pitín, tú y el Tilo; Manolo, Narciso... El Mingo, el Ñato y Cañita.

RONCO. ¿Y el Ñato va a jugar en la delantera?

PATO. ¿Y a quién vas a poner?

RONCO. ¿Y el loco?

PATO. Para que haga como la vez pasada, que dijo que venía y después no vino...

TESO. El otro día lo encontré en la fonda. ¿Sabes lo que me dijo? Que iba a jugar con el Racing.

(*Por la izquierda aparecen MINGO y PITÍN⁵.*)

⁵ Buero cambia el nombre de este personaje, que en realidad se llama Pichín; sin duda, para evitar el posible equívoco de mal gusto.

PATO. Ese ya se subió a la parra.

RONCO. No creas. Es un buen chico.

(Llegan a la puerta: no hay saludos sino los golpecitos característicos.)

PITÍN. *(Queriendo sentarse en la puerta.)* Córrrete, tú...

MINGO. *(A PATO.)* El Tilo ha ido a preguntar.

TESO. *(A PITÍN.)* ¿Quieres ahuecar? Estábamos sentados la mar de bien, y...

MINGO. *(A PATO, continuando.)* Ahora viene para acá.

TESO. *(Que no había oído.)* ¿Quién?

MINGO. ¡El Tilo!

TESO. *(Otra vez en su asunto.)* ¡Que ahueques, Pitín!

(Una MUJER joven acaba de llegar por la vereda y se detiene frente a la puerta.)

MUJER. *(Severa, casi histéricamente.)* ¡Con permiso!

(Los muchachos se levantan con pesadez y se separan de la puerta mientras miran a la MUJER. Ella se para sobre el umbral y golpea con el llamador. Mira con desprecio a los muchachos en una rápida ojeada. Ellos llegan despacio al balcón izquierdo.)

PITÍN. *(A TESO.)* ¡Anda, siéntate ahora!

TESO. ¡Cállate, peina-perros!

(Se recuestan contra el balcón ajenos a la puerta, que se abre.)

MUJER. ¡Elenita!... ¿Cómo estás?

VOZ. *(Desde adentro.)* ¡Tere! ¡Qué sorpresa! ¡Pasa, pasa! ¡No he hecho otra cosa hoy que pensar en ti! ¡Pasa!

(La MUJER entra y la puerta se cierra detrás de ella.)

PARO. *(A MINGO.)* ¿Te dijo el Tilo si volvería enseguida?

MINGO. Nos dijo que lo esperaríamos, pero como no volvía nos hemos venido.

RONCO. ¿Sigue hablando con la hermana de Andresito?

MINGO. Sí.

(Aparece el ÑATO por izquierda.)

PITÍN. ¡Uff! ¡Siempre están tarifando!

TESO. ¿Y qué? La madre quiere que se casen, pero él todavía no puede.

(PITÍN está de espaldas al ÑATO, que ya llegó junto al balcón. Este, silencioso, se agacha y con el puño golpea contra el empuje del pie de PITÍN, quien salta y hace como que se pelea. Se agarran los brazos, etc.)

PATO. Este Ñato, si no te la juega, no se divierte.

RONCO. *(A ÑATO, que no le había visto.)* ¿Qué hay, Ñato?

ÑATO. *(Al descubrir a RONCO.)* ¡Qué hay, Ronco! ¿Dónde has estado metido?

RONCO. Ahora vivo en la Ronda, ya lo sabes.

ÑATO. ¿Juegas hoy?

RONCO. Sí.

ÑATO. ¡Fenómeno!

PATO. *(Un poco sordo, a ÑATO.)* ¿Anoche fuiste al baile, no?

ÑATO. *(Disimulando.)* Pché... Un rato...

PATO. *Sí, un rato; y os fuisteis a la cama a las cuatro.*

ÑATO. ¿Y qué? En resumidas cuentas, ¿qué eres tú?

TESO. El capitán, hombre...

ÑATO. ¿Y tanto lío porque es el capitán?

PATO. ¿Por qué no intentas tú serlo?

PITÍN. Dale, Ñato. Zúmbale.

ÑATO. No. Loco.

RONCO. Bueno. Ya está bien.

ÑATO. Pero ¿no ves a este, queriéndola liar...?

RONCO. ¿Adónde fuisteis?

ÑATO. Al Juventud.

MINGO. ¿Estaba bien?

ÑATO. Estaba fenómeno.

TESO. ¡Qué iba a estar fenómeno!

ÑATO. Como tú no bailaste...

RONCO. *(A TESO.)* ¿Tú también fuiste?

TESO. Sí. Y pregúntale a Pitín, que también estaba. Lo que pasa es que este se agarra a cada birria que, bueno.

ÑATO. Sería una birria; pero cómo bailaba, ¿eh?

(Da unos pasos de baile haciéndose el chulo.)

PITÍN. ¡Vamos, Ñato!

TESO. *(A RONCO.)* Dile a Pitín que te diga cómo andaba. Verás qué bien lo hace...

RONCO. Anda, Pitín.

MINGO. Anda.

PITÍN. Déjalo estar...

TESO. ¿Te vas a hacer de rogar?

PITÍN. No tengo ganas...

TESO. *(A los otros.)* Anoche lo hacía clavado, tenéis que verlo. *(PITÍN de pronto se decide y comienza a hacer la imitación.)* ¡Clavado! ¡Así, así andaba!

ÑATO. ¡Loco!

PITÍN. *(Burlándose.)* ¿Bailamos esta pieza, Ñatito?

(El ÑATO lo agarra y se trezan en otra lucha en broma. Así se corren hasta la esquina y entonces se pelean por sentarse hasta que se sientan.)

PATO. (*Que se había quedado un poco rezagado.*) Bueno, ¿y el Tilo no viene?

RONCO. (*Después de mirar, igual que PATO, hacia su derecha.*) ¿Por qué no lo vas a buscar, Mingo?

MINGO. *Debe estar con Angelita.*

PATO. (*A MINGO.*) ¡Anda a buscarlo!⁶

PITÍN. ¡Y por qué no vas tú!

PATO. ¿A ti quién te habló?

RONCO. ¿Todavía le aguanta la hermana de Andresito?

PITÍN. ¿Angelita? Pues claro.

PATO. Anda, Mingo...

MINGO. (*Suave, encogiendo la cabeza.*) ¡Déjalo!...

PATO. Bueno, haz lo que quieras...

MINGO. Vendrá enseguida...

RONCO. ¿Hace mucho que son novios?

MINGO. Como un año.

RONCO. ¿Y cuándo se casan?

MINGO. ¡Qué sé yo!

TESO. Me parece que tienen para rato.

RONCO. ¿Pues el Tilo no lo gana bien?

PITÍN. ¡Qué va! ¡Si lo dejan silbando cada dos por tres!

PATO. Pero ahora está ahorrando...

TESO. ¡Sé!⁷ ¡Todavía no empezó!

ÑATO. ¡Y cómo lo mima la vieja!

MINGO. Todas son iguales.

PITÍN. Por lo menos esta los deja salir. ¿No sabéis lo que le pasaba a Manolo con la novia que tenía?

RONCO. ¿Qué le pasaba?

PITÍN. ¡Casi nada! Resulta que primero empezaron a pararse en la puerta. Bueno; un día salió la madre y los hizo entrar. ¡Para qué! Le convidaron, se desvivieron atendiéndole... Y así estuvieron un mes. Él iba los martes y los jueves a la casa. Y los sábados la vieja los acompañaba a bailar. Pero un día la madre hace pasar a la chica adentro y se planta con Manolo.

ÑATO. (*Que estaba un poco apartado, viendo pasar a una muchacha con velillo en la cabeza.*) ¿Me reza un padrenuestro, chica?...

PATO. ¡Calla, hombre! ¡Es la hermana del Toto!

ÑATO. ¡Y qué! ¿No va a misa, acaso?

⁶ A: ¡Anda a buscarlo, anda!

⁷ Buero mantiene la forma porteña del *sí*, con un sentido dubitativo, como sucede también en el habla madrileña.

PITÍN. Bueno. Entonces la madre se planta con Manolo. «Yo sé que usted es un buen muchacho, trabajador y cabal», le dice. «Pero no quiero que haga perder el tiempo a mi hija si no tiene seguridad». Y agarra y le dice: «Usted me tiene qué decir cuándo piensa casarse».

TESO. ¿Y qué hizo Manolo?

PITÍN. ¡Qué iba a hacer! Le dijo que todavía no podía asegurarle nada, porque ganaba poco.

ÑATO. ¿Y la madre qué le dijo?

TESO. ¿Lo echó a patadas?

PITÍN. «Desde hoy en adelante no pueden verse solos», le dijo. «Y le doy un mes de plazo para que arregle la situación».

ÑATO. ¡Qué fenómeno! Por eso yo, chico... *(Se lava las manos.)*

PATO. ¿Y Manolo qué hizo?

PITÍN. ¡Y... qué iba a hacer! Le dijo que iba a cambiar de trabajo, que era muy joven, que ya ganaría más y se podría casar...

RONCO. ¿Y la vieja no se amansó?

PITÍN. ¡Qué se iba a amansar! ¡No quiso saber nada! Durante ese mes, Manolo siguió yendo a la casa, ¿sabéis? ¡Había que aprovechar!

RONCO. ¿Y después?

PITÍN. Después trataron de verse de contrabando, pero la vieja era muy viva y no había manera. Al final tuvieron que mandarlo todo al cuerno.

RONCO. Pobre Manolo.

PITÍN. ¡Qué pobre! ¡Ahora sí que tiene una chica estupenda!

TESO. ¿De veras? ¿Tú la conoces, Ñato?

ÑATO. Yo no.

PITÍN. ¡Antes iba al Juventud!

ÑATO. A mí déjame de novias, chico. Para eso tengo tiempo. *(Saca algo del bolsillo.)* Mira. *(Exhibe un libro y lo abre.)*

TESO. *(Abalanzándose sobre el ÑATO.)* ¿Qué es?

PITÍN. ¡A ver!

ÑATO. Un momento, un momento.

TESO. Ven, Ñato. Siéntate aquí.

PITÍN. Anda, ven.

(El ÑATO se sienta en medio del umbral, rodeado de todos, que lo asedian y estiran las cabezas para no perder un detalle de lo que se ve en el librito. Cuando más o menos se han colocado en una posición cómoda, se produce un silencio escalofriante y por demás elocuente. El ÑATO hojea lentamente el librito. Es el dueño de la situación.)

PATO. (El ÑATO dio vuelta a una hoja.) ¡No vayas tan ligero!⁸

(TESO silba ponderativamente.)

RONCO. ¿De dónde lo sacaste, Ñato?

ÑATO. Se lo compré a un empleado de la tienda.

(Nuevamente el silencio.)

RONCO. Guarda, guarda.

(Aparecen, casi en la esquina, ANGELITA⁹ y el TILO. El ÑATO oculta el librito y todos disimulan. TILO y ANGELITA pasan con la cabeza gacha, sin saludar, y se detienen frente al balcón derecho.)

ÑATO. Este ahora ni saluda.

PATO. Cállate, tú. El Tilo es un buen chico.

TESO. Anda, Ñato. Saca el libro.

(El ÑATO saca el librito y todos quedan nuevamente mudos. Así están ellos ocupados mientras TILO y ANGELITA dialogan frente al balcón derecho.)

TILO. No quieres entonces que te acompañe.

ANGELITA. No.

TILO. Está bien. Me quedo aquí.

ANGELITA. Hasta luego.

TILO. (Concentrado.) ¿Por qué no has saludado a los muchachos?

ANGELITA. (Con cierta ironía.) ¿Quién los conoce?

TILO. (Sordo.) Tú los conoces.

ANGELITA. (Clareándose.) Son unos pintas. Y lo que tú deberías hacer es no juntarte con ellos.

TILO. (Aún sordo.) Son buenos chicos.

ANGELITA. Sí, cuando duermen.

TILO. ¿Acaso tu hermano no es también de la pandilla?

ANGELITA. Sí. Y ya ves cómo se porta.

TILO. Si todavía no vino es por algo.

ANGELITA. Me parece que desde anoche ha tenido tiempo de avisar.

TILO. Cualquiera sabe...

ANGELITA. Lo único que hace es amargarle la vida a mamá.

TILO. ¿Pero a ti, qué te pasa hoy?

ANGELITA. A mí nada.

TILO. Primero no quieres que te acompañe y ahora te enfurruñas por cualquier cosa.

ANGELITA. ¿No puede estar una de mal humor un día?

⁸ A: ¡Espera, no vayas tan ligero!

⁹ Angélica, en G.

TILO. Sí, pero por eso no tienes que tomarla conmigo; ni con Andresito, ni con los muchachos.

ANGELITITA. ¡Tú, Andresito y los muchachos! ¡Ya estoy cansada de todo! ¡Estoy harta de vivir así!

TILO. (*Con rabia profunda, sorda.*) Muchos viven peor.

ANGELITITA. Sí. Eso es lo que dice mamá. Pero también hay muchos que viven mejor. ¿O eso vosotros no lo pensáis? Por ahí hay un montón de casas llenas de lujo. Con auto y qué sé yo... ¿Tienes tú alguna? ¿Eh?

TILO. Vas mucho al cine.

ANGELITITA. ¡Claro! Yo no tengo derecho a tener todo eso, ¿no?

TILO. Derecho sí, pero...

ANGELITITA. ¿Pero qué?

TILO. Nada.

ANGELITITA. Habla, habla.

TILO. Mira, Angelita, a ti hoy te pasa algo.

ANGELITITA. Y tú lo quieres saber, ¿no? Hasta luego. (*Da media vuelta.*)

TILO. No te vayas. Espera.

ANGELITITA. ¿Qué quieres?

TILO. ¿Qué te pasa?

ANGELITITA. Nada.

TILO. ¿Por qué no quieres que te acompañe?

ANGELITITA. (*Fría.*) Porque voy a aquí al lado.

TILO. ¿Adónde vas?

ANGELITITA. Ya te lo he dicho. A casa de una amiga.

TILO. (*Después de una pequeña pausa, habla muy severamente.*) Estoy pensando una cosa.

ANGELITITA. ¿Qué?

TILO. Que a lo mejor te estás aburriendo de mí.

ANGELITITA. ¿Por qué dices eso?

TILO. Pensando como piensas, es fácil que te aburras de mí.

ANGELITITA. (*Comprende que ha exagerado.*) No seas tonto. De ti yo no me aburro. Son otras cosas.

TILO. Serán otras cosas. Pero también soy yo, Andresito, los muchachos. Antes lo has dicho.

ANGELITITA. No quise decirte eso. Quise decirte que todo lo que me rodea... no sé...

TILO. Entre lo que te rodea estoy yo.

ANGELITITA. (*Enterneciéndose un poco.*) Tú estás junto a mí.

TILO. Es lo mismo.

ANGELITITA. (*Un poco perdida.*) No, Tilo... si tú...

TILO. Si yo tuviera billetes sería diferente.

ANGELITA. ¿Por qué me vienes con esas cosas ahora?

TILO. Porque es la verdad. (*Su voz es más fuerte ahora, pero continúa siendo sorda.*)

¿No lo has pensado muchas veces?¹⁰ ¡Si yo tuviera billetes! ¿Eh?

ANGELITA. (*Le invade cierto temor.*) No, Tilo. Tú no me entiendes. Yo pienso por mí y por ti.

TILO. Yo estoy bien como estoy.

ANGELITA. (*Se rebela un poquito.*) No crees lo que dices.

TILO. (*Ahora más fuerte.*) ¡Billetes, billetes, billetes! Como si no tuvieras otra cosa de qué hablar. Siempre a vueltas con el dinero.

ANGELITA. *Es el dinero el que está a vueltas conmigo.* (Las dos miradas se encuentran y luego se desvían, nerviosas.)

(*Junto a la puerta.*)

PITÍN. ¿Cuánto te costó, Ñato?

ÑATO. Cinco machacantes.

TESO Y PITÍN. (*Al mismo tiempo.*) ¡Cinco machacantes!

ÑATO. Como... ahora están prohibidos...

PATO. (*Ansioso.*) ¡Sigue, hombre!

(*Junto al balcón.*)

TILO. (*Encontrando una vía de escape.*) ¿Toda la vida vamos a seguir igual?

ANGELITA. No. Toda la vida no. Eso es lo que no quiero.

TILO. Con protestar no vas a ganar nada.

ANGELITA. También lo he pensado.

TILO. ¿Qué piensas hacer?

ANGELITA. No sé. Pero esto no lo voy a aguantar mucho tiempo.

TILO. Dentro de veinte años dirás lo mismo.

ANGELITA. ¿Dentro de veinte años? Dentro de veinte años... no quiero ser como mamá, la pobre.

TILO. ¿Qué le ocurre a tu madre?

ANGELITA. Yo sola sé las cosas que le han pasado.

TILO. A todos nos pasan cosas.

ANGELITA. ¿Ves? Eso es lo que tú no comprendes. Yo he estado al lado de mamá, he visto cómo ha pedido y cómo ha suplicado. Cómo se ha arrastrado, mejor dicho. Éramos mi hermano y yo los únicos que podíamos traerle unos miserables duros a fin de mes. Todo lo demás, ella, ¿comprendes? (*Inicia el llanto suave y graciosamente.*) Nosotros éramos chicos y no comprendíamos nada, pero después uno se hace grande y entiende las cosas; y se da cuenta de

¹⁰ A: ¿No lo has pensado muchas veces, acaso?

que no hay derecho, que eso no está bien. Y una no tiene por qué pasar también por eso...

(Termina llorando cómicamente y sacando un pañuelo para sonarse la nariz. En ningún momento es trágico su gesto, o su voz.)

TILO. *(Enternecido.)* Bueno, Angelita, no llores. Yo sé que tienes razón, pero las cosas están hechas así...

ANGELITITA. Ahí está, ¿ves? ¿Por qué no pueden estar hechas de otro modo?

TILO. ¿Qué sé yo?... Hace tanto tiempo que todo está hecho así. Pero no te aflijas. Te aseguro que yo...

(Una MUJER ha doblado la esquina y pasa junto a ellos; los mira disimuladamente. TILO trata de ocultar el rostro de ANGELITITA y la lleva contra la pared. La MUJER pasó.)

ANGELITITA. *(Con alarma.)* ¿Me ha visto?

TILO. No, no te ha visto.

ANGELITITA. *(Algo más tranquila.)* ¿Qué decías?

TILO. Verás cómo a nosotros nos va a ir bien. Voy a tratar de mejorar para que no tengas que pasar por nada de eso.

ANGELITITA. *(Mimosa.)* Bueno, pero entonces no me riñas cuando me veas así.

TILO. *(Con firmeza.)* Es que tampoco tienes que ponerte así.

ANGELITITA. *(Con un poquito de rabia que vuelve.)* ¿Otra vez?

TILO. *(Más fuerte.)* Yo no. Tú eres la que empieza.

ANGELITITA. *(Con más rabia.)* Bueno, me voy. *(Se va a paso enojado.)*

TILO. Angelita...

(TILO vuelve a la puerta de la esquina después de ver cómo Angelita se marcha orgullosa hacia el fondo de la calle.)

PATO. *(Viendo a TILO.)* Tilo, ¿y Andresito?

TILO. *(Seco.)* Todavía no vino.

PATO. ¿Qué le ha pasado?

TILO. Nada, qué le va a pasar. Todavía no vino...

(Los muchachos dejan de mirar el librito.)

MINGO. Pero tenía que venir ayer...

TILO. *(Sin hacer caso, al ver a RONCO.)* ¿Qué cuentas, Ronco?

(RONCO le hace un corto saludo con la mano.)

ÑATO. *(Levantándose y guardando el librito.)* ¿No vuelve todos los sábados del puente?

PITÍN. *(A ÑATO.)* Ven, Ñato, sigamos mirando.

TESO. *(A ÑATO.)* No le hagas caso, que le va a hacer daño.

TILO. *(A ÑATO.)* Sí, viene todos los sábados, pero ayer no vino.

PITÍN. (A TESO.) Tú te callas.

PATO. (A TILO.) Qué raro, ¿verdad?

RONCO. (A TILO.) ¿Y no ha avisado que se quedaba?

TILO. (A RONCO.) No, no ha avisado. (Pausa.)

MINGO. (Con decisión, queriendo alejar raros pensamientos.) Deben estar trabajando horas extraordinarias. El puente estaba atrasado.

PATO. Sí... pero podría haber avisado.

TESO. Claro que podía haber avisado.

PATO. ¿Por qué no preguntamos por teléfono?

TILO. Ya llamó la madre, y llamó Angelita... Pero no contestan.

RONCO. ¿Cómo te va con Angelita?

TILO. Bien. ¿Por qué?

RONCO. No. Te preguntaba.

TESO. ¿Tuviste bronca?

TILO. ¿Quieres callarte?

PITÍN. (Metiendo la mano en el bolsillo del ÑATO.) Préstamelo, Ñato.

ÑATO. (Forcejeando, impide que PITÍN le quite el librito.) Saque la mano de ahí. Saque la mano de ahí que a usted le hace daño.

(PITÍN cede al fin; pero ya se han corrido al balcón de la izquierda, entre manotazo y manotazo. Paulatinamente, como hacen los muchachos, todos se corren frente al balcón y dejan la puerta libre. PATO juega con su pelota y TILO y MINGO quedan un poco rezagados.)

TILO. (A MINGO.) Yo no sé para qué se habrá inventado el dinero.

MINGO. Si tuvieras mucho no dirías lo mismo.

TESO. (En el grupo mayor.) ¿Y si no viene Andresito?

MINGO. (Continuando, a TILO.) ¿Qué te pasa?¹¹

PATO. (A TESO.) Pues... ponemos a Mingo.

TILO. (Después de dudar.) Nada. ¡Que Angelita se descuelga con cada problema!

MINGO. Todas las mujeres son iguales.

TILO. Pero lo más divertido es que tiene razón.

TESO. (Que se acercó, abraza a TILO por detrás.) ¿Estás en forma hoy, Tilo?¹²

TILO. ¡Déjame, porras!

TESO. ¿Qué te pasa?

TILO. No te importa.

TESO. Está bien¹³, no pegues por eso.

(Se aparta y ya están todos junto al balcón.)

¹¹ A: ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

¹² A: ¿Estás en forma para hoy, Tilo?

¹³ A: Bueno, está bien

RONCO. Mira cómo se está aclarando.

TESO. ¿Lo ves, Pato? ¿Qué te decía?

PATO. (*Voz baja, de augur.*) Esperemos que dure.

(PATO lanza la pelota contra la persiana produciendo el ruido característico.)

TESO. Este siempre es el mismo pájaro de mal agüero.

PITÍN. ¡Lechuza!

PATO. ¿Es que no se puede volver a nublar?

PITÍN. (*Burlándose.*) Pues claro... (*A los otros.*) puede llover... puede caer grani-zo... puede perderse la cosecha...

PATO. ¡No te hagas el gracioso!

(*Se abre la persiana del balcón. Aparece la cabeza de una MUJER de aspecto fino. Lleva el cabello «arremangado».*)

MUJER. ¿No tienen otro lugar adonde ir a molestar, que siempre eligen esta esquina?

PATO. Fue sin querer...

MUJER. Ea, lárguense de aquí. ¡A ver si llamo a la comisaría! (*La MUJER cierra las persianas mientras los muchachos se corren.*) ¡Frescos!

PATO. ¡Esta tía me tiene ya harto!¹⁴

(*Los muchachos se corren lentamente hasta quedar junto a la esquina, frente a la puerta, pero sin sentarse.*)

RONCO. ¿Ya no paráis donde el almacén?

TESO. (*Con desprecio.*) Nos peleamos con el gallego.

PITÍN. (*Ansioso.*) Cuéntale, Teso.

PATO. (*Señalando a TESO.*) Le metieron en chirona.

RONCO. ¿Ah, sí? ¡Cuenta, cuenta!

TESO. ¿Qué se creía ese tío? ¿Que la acera era de él?

RONCO. ¿Qué te hicieron, Teso?

TESO. Nada. Me tuvieron tres horas, nada más.

RONCO. ¿Y qué te dijeron?

TESO. ¿Nunca caíste tú?

RONCO. Sí, una vez, hace tres años...

TESO. ¡Pues bueno! ¡Entonces ya sabes lo que te dicen!

PITÍN. ¡Claro! ¡Si siempre dicen lo mismo!

ÑATO. ¿Por qué caíste, Ronco?

¹⁴ En G: *Esta cosa ya me tiene seco*. Buero traduce por *Estas cosas ya me tienen molido...* (A), pero Gorostiza le apunta que el sentido de la frase es muy distinto, pues «*cosa o coso* significa mujer u hombre con tono despectivo», de modo que le propone cambiarlo por «*Esta mujer ya me tiene cansado*». El resultado final es aún más acertado.

RONCO. Por jugar a la pelota: nos hicieron una redada. Pero a mí me tuvieron un día.

PATO. ¿Por qué?

RONCO. Mis viejos no querían ir a sacarme. Decían que así escarmentaría.¹⁵

TESO. *(Con fuerza.)* ¿Y adónde se va a meter uno?

(La pregunta queda en el aire, hasta que al fin la contesta RONCO, débilmente.)

RONCO. Bien, y qué... Son los viejos.

(Comienzan a sonar las campanas que anuncian, a las once menos cuarto, la nueva llamada a misa.)

ÑATO. ¿Son ya las once?¹⁶

PITÍN. Qué van a ser. *(Se asoma a la esquina, frente a la puerta, y espía en dirección al balcón derecho. Más allá está la torre de la iglesia con su reloj, que sólo PITÍN puede ver.)* Las once menos cuarto¹⁷.

(Aquí termina el redoble con dos campanadas aisladas.)

TILO. *(Que estaba un poco separado, junto a MINGO.)* ¿Me acompañas?

MINGO. ¿Adónde?

TILO. A ver si ha llegado Andresito.

MINGO. Si venimos enseguida...

PATO. Anda. Acompáñalo.

MINGO. Espera un ratito.

TESO. ¡Qué raro que no haya venido!

PITÍN. ¿Le habrá pasado algo?

ÑATO. ¡Qué le va a pasar!

RONCO. Oye, Teso, al final no me contaste lo del gallego.

PITÍN. *(Al ÑATO.)* Pues es raro.

TESO. *(Al ÑATO.)* Claro que es raro. No me vas a decir que no.

RONCO. *(Tirándole de la manga.)* Oye, Teso...

ÑATO. *(A PITÍN.)* Pero ¿por qué tienes que ponerte en lo malo?

PITÍN. *(Al ÑATO.)* ¿Y quién se pone en lo malo?

TESO. ¡Claro! ¡Psss!

RONCO. *(Insistiendo con la manga.)* Oye, Teso...

TESO. ¿Es que ya no se puede hablar?

RONCO. Oye, Teso...

TESO. *(Desprendiéndose de la mano del RONCO.)* ¡Qué quieres!

¹⁵ A: Así iba a escarmentar, decían.

¹⁶ A: ¿Ya son las once?

¹⁷ A: Once menos cuarto.

RONCO. Cuéntame lo del gallego.

TESO. (*Con fastidio.*) ¿No te lo conté ya?

PATO. (*Con cierta sorna.*) No le conviene contarle...

TESO. ¿Por qué no me conviene?

PATO. Digo yo, no sé...

TESO. (*Desafiando.*) ¡No me conviene, no me conviene! (*Se vuelve al RONCO, «valientemente».*) Estábamos allí parados, ¿sabes? ¡Y lo mejor es que no hacíamos nada! De repente aparece el gallego y se pone a gritar y a decir: «¡A ver si se largan de aquí, que me tapan el escaparate, y qué sé yo y qué sé cuánto!». A mí me dio rabia. Uno está ahí tranquilo, y porque tienen un almacén se creen que son los dueños de la manzana. Y entonces yo le dije: «La calle no es suya. ¡Y no me da la gana de irme!». ¡Le dio una rabia al gallego! Agarró y se fue a buscar al guardia.

PATO. ¿Ya se te ha olvidado lo que te dijo?

TESO. (*Como quien tiene una culpa.*) ¿Tanto lío porque me dijo mocoso insolente? ¿Y qué?

RONCO. (*Divirtiéndose.*) ¿Eso te dijo?

PATO. (*Con la sorna de siempre.*) ¿Y qué más?

TESO. ¡Vete a hacer gárgaras!

PITÍN. (*Imitando al gallego.*) «Que migor siría que foeras a trabagar...» (*Risas.*)

ÑATO. (*Entre risas, callándose.*) ¡Cómo acertó el gallego, eh, Teso!

RONCO. ¿Qué? ¿Todavía no trabaja?

TESO. Seee...

PITÍN. (*Continuando con su imitación.*) En la draja. Levanta ajua cun urquilla...

TESO. ¡Cierra el pico ya!

PATO. ¡Pues, si no quieres que te tomen el pelo, trabaja!

TESO. Si no hay trabajo...

ÑATO. Lo que pasa es que eres un señorito.

TESO. Tú hablas así porque tu viejo tiene una tienda.

ÑATO. ¿Y no trabajo?¹⁸

TESO. ¿A eso le llamas trabajar? (*A los otros.*) El tipo se pasa todo el día bien vestido y saliendo¹⁹ con chicas. ¿Por qué no te vienes un día al andamio?

ÑATO. ¿Y por qué no cambias tú de trabajo?

TESO. Eso es lo que quiero. Estoy buscando.

PITÍN. Qué vas a buscar, si te levantas a las doce.

TESO. ¿Cuándo me levanto a las doce?

PITÍN. ¿Y el otro día que fui a tu casa?

TESO. Ah, ese día de casualidad...

¹⁸ A: ¿Y acaso no trabajo?

¹⁹ A: tratando

PITÍN. ¡Olvidame!... (Pausa.)

MINGO. ¿Qué te pasa, Tilo? (Se lo dice casi en un aparte, despacio.)

TILO. Nada.

(MINGO se disgusta por la respuesta.)

MINGO. (Disgustado, a TILO.) Está bien. Si no quieres contar, no cuentes.

TILO. Luego te contaré. Déjame ahora.

PATO. Mirad. Ahí viene la madre de Andresito.

TESO. Anda, Tilo. Pregúntale si vino.

(Llega la MADRE en medio del silencio de los muchachos.)

MADRE. Ustedes no han visto a Andresito, ¿verdad?

TILO. No, nosotros no. (Pausa.) ¿Todavía no vino?

MADRE. No...

(Pausa.)

ÑATO. Quizá... habrá tenido mucho que hacer, señora...

MADRE. Sí, pero ya son cerca de las once.

PITÍN. No se aflija, señora, no le ha pasado nada. (Recibe un golpe escondido de MINGO.)

MADRE. (Algo alarmada.) ¿Verdad que no?

PATO. ¡Qué le va a pasar!

MADRE. Claro. Qué le va a pasar. (Pausa.)

TILO. ¿Ha vuelto a llamar por teléfono...?

MADRE. Ahora llamaré otra vez desde la panadería. A ver si contestan.

TESO. Ya verá usted cómo aparece enseguida.

MADRE. A mí lo que me extraña es que él nunca hace esto. Una vez que se quedó porque tenía mucho trabajo avisó el mismo sábado.

PITÍN. ¿Pero en el puente no hay teléfono?

MADRE. Sí, hay...

TILO. Está en la casilla, y si en la casilla no hay nadie...

(Pausa.)

MADRE. (Como para irse.) Bueno...

RONCO. (No quieren dejarla ir así.) ¿Hace mucho que están construyendo el puente?

TILO. Hace como seis meses, ¿no, señora?

MADRE. (Segura.) Siete meses y medio.

PITÍN. ¿Siete meses y medio ya? ¡Parece que fue ayer!

MADRE. Y, allí está bien... El ingeniero lo quiere mucho.

RONCO. ¿Y qué hace?

MADRE. Es algo así como el ayudante. De confianza, ¿sabe? Como él le conocía de la escuela... ¡Porque el ingeniero fue profesor de él!

RONCO. ¡Ah! ¿Es cierto que Andresito antes estudiaba?

ÑATO. ¡En la Escuela de Ingenieros!

PITÍN. ¡Fue un tonto en no seguir! *(Recibe otro golpe escondido de MINGO.)*

MADRE. *(Un poco en mártir.)* ¡Sí, cualquiera estudia hoy en día!

TESO. *(A PITÍN.)* ¿Tú sabes lo que cuesta?

TILO. *(Serio, casi para sí.)* Hay que tener billetes para poder estudiar.

MADRE. Dios sabe que yo hice todo lo posible para que siguiera estudiando. Pero, en fin...

MINGO. Pero Andresito es inteligente. Hará muchas cosas.

TESO. ¡Claro! *(Pausa.)*

MADRE. *(Como para irse.)* Bueno...

PATO. Si viene por aquí antes, nosotros la avisaremos, señora...

MADRE. Bueno, gracias. Esperemos que no le haya pasado nada.

ÑATO. No piense esas cosas, señora. Seguramente el teléfono está descompuesto.

MADRE. Pero podía haber mandado un telegrama.

PITÍN. A lo mejor no la quiso asustar... *(Busca aprobación.)* ¿No? *(Todos reprueban con la mirada.)*

MADRE. *(Decidiéndose.)* ¿No saben si llegó el ingeniero?

PATO. ¿Lo visteis vosotros?

ALGUNOS. No, no, no.

MINGO. ¿Por qué no va a preguntar?

PITÍN. ¿Y para qué? ¡Si hubiera pasado algo ya habrían avisado!

(Nuevas miradas fulminantes de los otros.)

ÑATO. Quédese tranquila, señora, y no le haga caso a este, porque es un animal.

MADRE. *(Con experiencia de vieja.)* Lo que pasa es que él no se guarda las cosas.

PATO. No, señora, no diga eso. ¿Usted se cree que nosotros pensamos algo?

MADRE. No sé.

ÑATO. *(Sin fuerzas.)* No, señora...

PATO. *(También sin fuerzas.)* No... *(Pausa.)*

MADRE. Bueno... *(Se decide al fin.)* Gracias, hijos, hasta luego.

TODOS. Hasta luego, señora.

(La MADRE se va por la izquierda, pero cuando llega junto al extremo del balcón izquierdo, TILO la alcanza.)

TILO. ¡Señora!

(La MADRE se detiene y se vuelve.)

PATO. *(Junto a la puerta; a PITÍN.)* ¡Bestia!

MADRE. *(A TILO; esperando.)* ¿Qué? *(TILO duda.)*

PITÍN. (A PATO.) ¡Por qué!

TILO. (A MADRE.) Quería hacerle una pregunta...

PATO. ¡Porque sí, so bestia!

MADRE. Bueno...

(Los muchachos ya se habían hecho dueños de la puerta, sin sentarse. De pronto, la puerta se abre y aparece la figura de la MUJER que entró al comienzo del acto. Al ver a los muchachos no puede disimular su enojo.)

MUJER. (Casi históricamente.) ¡Con permiso!

(La pandilla, desalojada, se corre hacia el balcón derecho, después de dar paso a la MUJER, a quien miran en forma característica. Ella se va contoneándose por la derecha.)

TILO. (Continuando.) ¿Qué le pasa a Angelita hoy?

MADRE. ¿Por qué lo dice?

TILO. No sé. Se enfada por cualquier cosa, no hace más que hablar de dinero...

MADRE. Pobre.

TILO. ¿Por qué pobre?

MADRE. Ella no tiene la culpa.

TILO. ¿Cómo que no tiene la culpa?

MADRE. Ella es una muchacha muy fina, ¿sabe? Siempre fue así. Desde chiquita.

TILO. ¿Y eso qué tiene que ver?

MADRE. ¿No le dijo dónde iba?

TILO. No.

MADRE. Ah...

TILO. No me lo quiso decir.

MADRE. Claro.

(TILO se queda observando a la MADRE, tratando de adivinar su pensamiento.)

(En el balcón derecho.)

PITÍN. (A PATO, que tiene la pelota.) Vamos enfrente a «chutar» un poco, Pato.

PATO. No, que hay que jugar esta tarde.²⁰

(PATO mira hacia arriba y ÑATO aprovecha para arrebatarle la pelota.)

ÑATO. Venid, vamos a dar unas patadas.

(Se van todos, seguidos por PATO, que refunfuña, «cruzando» la esquina, a lo largo de una de las calles. RONCO queda junto al balcón, mientras enciende un cigarrillo.)

²⁰ A: No, tenemos que jugar esta tarde.

TESO. Ven, Ronco.

RONCO. No, quita. Estoy con la ropa. (*Señala su traje.*) Miraré desde aquí.

(*En el balcón izquierdo.*)

TILO. ¿Usted tampoco me lo va a explicar?

MADRE. (*Decidiéndose.*) Bueno, pero no le diga nada, por favor.

TILO. ¿Por qué?

MADRE. Pues... usted sabe cómo es ella. (*TILO no contesta.*) Yo anoche tenía que pagar una cuenta, ¿sabe? Y esperaba que Andresito viniera con la quincena para poder pagarla. Pero Andresito no vino. Y ese hombre está esperando desde hace una semana y no quiere saber nada de nada. Dice que va a ir a la comisaría. Figúrese. Nosotros pasamos por cosas duras, ¡si lo sabré yo! Pero nunca tuvimos que ir a la comisaría.

TILO. ¿Y entonces?

MADRE. Mandé a Angelita a casa de la tía.

TILO. Ah...

MADRE. Usted sabe que yo nunca me llevé bien con la familia de mi esposo...

TILO. Sí. (*Pausa.*) ¿Ellos están bien, no?

MADRE. Más o menos... Ciento cincuenta duros los tienen.

TILO. Claro. (*Pausa.*) Por eso Angelita estaba así. (*Pausa.*)

MADRE. ¿Y yo qué puedo hacer?

TILO. Claro. Usted no puede hacer nada.

MADRE. No se enoje con Angelita. Ella todavía no está acostumbrada...

TILO. ¿Acostumbrada a qué?

MADRE. A eso. A pasar por todas las cosas que una ha tenido que pasar.

TILO. ¿Ella no estuvo a su lado siempre?

MADRE. Sí, pero una cosa es ver y otra tener que hacerlo. Mire hoy cómo se puso. Porque es la primera vez.

TILO. (*Suave pero decidido.*) No piense que va a haber otra.

MADRE. Usted no creará²¹ que yo tengo la culpa.

TILO. No. Eso es lo que hay que averiguar. Quién tiene la culpa.

MADRE. ¡Para qué! Hay que resignarse.

TILO. Eso lo veremos.

(*Por el otro balcón, aparece la pelota arrastrándose suave por el suelo y se oye la voz de PITÍN.*)

PITÍN. Tírala, Ronco.

(*RONCO se acerca al encintado y la pateo suavemente hacia esa dirección.*)

TILO. ¿Conseguiré el dinero?

²¹ A: *pensará*

MADRE. Quién sabe. (*Pausa-suspiro.*) ¡Estoy tan cansada!

TILO. (*Sin hacer caso.*) ¿Andresito sabe algo?

MADRE. (*Con temor.*) No. No sabe nada. No se lo quise decir.

TILO. Si lo supiera ya estaría aquí.

MADRE. ¿Usted cree?

TILO. Seguro.

MADRE. Yo no sé. Los males siempre vienen juntos. Es la fatalidad.

TILO. A lo mejor no es la fatalidad.

MADRE. Sí, es la fatalidad. Antes de morir mi marido yo trabajaba y ganaba bastante. El día en que el pobre se va al otro mundo yo me quedo sin trabajo.

¿No es fatalidad eso?

TILO. ¿Por qué se quedó sin trabajo?

MADRE. Fue en el tiempo de la crisis.

TILO. Ah, sí. Yo era chico pero me acuerdo. Mi padre también se quedó sin trabajo.

MADRE. Y cuando no hay crisis hay cosas peores que la crisis.

TILO. Bueno. Pero eso no es fatalidad.

MADRE. ¿Y qué es entonces?

TILO. Qué sé yo. Por algo habrá crisis.

MADRE. Es la fatalidad.

TILO. (*Suave.*) ¿Y ahora también es fatalidad que ustedes tengan que pasar por esto?

MADRE. Una ya nace así.

TILO. No. Alguna razón debe haber.

MADRE. (*Suspirando-pausa.*) Los años le enseñarán... (*Como yéndose.*) Bueno... yo...

TILO. ¿Y si no consigue nada Angelita, señora?

MADRE. No sé...

TILO. ¿Cuánto necesita? ¿Ciento cincuenta, no?

MADRE. Pues... por lo menos cien. Cincuenta ya tengo; pero es para la comida de la semana...

TILO. Claro.

(Junto al otro balcón, RONCO se interesó por algo y se corrió hasta el borde de la acera. Primero llega PATO, violentamente enojado.)

PATO. ¿Viste? Ya sabía yo. Este es siempre el mismo. Siempre la pierde.

(Detrás vuelven TESO y MINGO y se sientan en la puerta.)

MADRE. (*Como yéndose.*) Bueno... voy a la panadería a ver si hay noticias de Andresito.

TILO. Hasta luego, señora. Y no se preocupe, que todo se arreglará.

MADRE. (*Lo mira, habla con seguridad.*) Sí, ya lo sé. (*Se va por la izquierda.*)

(TILO *vuelve al balcón derecho, mientras comienza el diálogo.*)

RONCO. ¿Y por qué no la van a pedir, Pato?

TESO. ¿Estás loco? ¿En la carbonería? Ahí no devuelven la pelota ni a garrotazos...

RONCO. ¿Y para qué jugáis²² ahí, entonces?

PATO. ¡Es aquel estúpido, que siempre la da fuerte!

MINGO. (A TILO, *que se colocó a su lado.*) ¿Se fue la vieja, ya?

TILO. Sí.

RONCO. ¡Mira, Pato! ¡La van a pedir!

PATO. Ahora verás cómo los reciben.

MINGO. (A TILO.) ¿Estaba preocupada, no?

TILO. Lo peor es que necesita dinero para esta mañana.

MINGO. ¿Cuánto?

TILO. Cien machacantes.

MINGO. (*Después de dudar.*) Bueno... Andresito vendrá ahora.

PATO. (*Que miraba y estaba ocupado en lo de más allá.*) ¿Qué? ¿Vino Andresito?

MINGO. No, todavía no.

RONCO. ¡Mira, Pato, ahí se la tiran!

(PATO *se levanta y se acerca a RONCO.*)

PATO. ¡Qué desgraciados!

RONCO. ¡La rajaron!

PATO. ¿No te decía yo?

TILO. (*Extemporáneamente, a MINGO.*) ¿Tú sabes por qué viene una crisis?

MINGO. ¿Una crisis? Yo qué sé.

(*Llegan ÑATO y PITÍN. ÑATO lleva la pelota descuartizada en la mano.*)

PATO. (A ÑATO.) Ahí tienes. ¿Lo has visto? ¡Ahí tienes!

MINGO. Pregúntale al Ñato. Él debe saber.

ÑATO. (A PATO.) Bueno, ¿y qué queríais? ¡Mala suerte!

PATO. ¿No te dije que no patearas así?

ÑATO. La cogí de puntera...

PATO. ¡Tú siempre la coges de puntera!

TESO. ¿Tanto ruido por una pelota, Pato?

PATO. ¡Cuestan un machacante!

ÑATO. ¡Yo te la pago, roñoso!... (*Se había corrido un poco hacia la derecha y tira la pelota con rabia sobre las persianas de ese balcón.*)

PATO. Qué vas a pagar, qué vas a pagar...

²² A: juegan

TILO. (*Otra vez extemporáneamente.*) Oye, Ñato, ¿tú sabes por qué viene una crisis?

ÑATO. (*En babilonia.*) ¿Qué?

TESO. *Si sabes por qué viene una crisis...*

ÑATO. Claro que lo sé.

PITÍN. Vamos, Ñato, qué vas a saber.

ÑATO. Pues claro que lo sé. Mi padre me lo explicó el otro día.

TILO. A ver...

ÑATO. Es muy largo. ¿Ahora me venís con esas cosas?

PITÍN. ¡Has visto como no sabe ni torta!

ÑATO. Que lo sé, demontre. Pero ahora no tengo gana...

RONCO. Una crisis viene cuando no hay dinero.

ÑATO. ¡Claro! ¡Psss!

PATO. ¿Y ahora hay crisis?

TESO. No, ahora no.

PATO. ¿Y tú tienes dinero?

PITÍN. ¡Qué va a tener este, si nunca trabaja!

TESO. Cállate, ¿quieres?

ÑATO. Pues... ahora hay dinero, oye...

PATO. Tú dices eso porque tu viejo tiene una tienda.

RONCO. (*Continuando con su idea.*) Al menos todos dicen que una época de crisis es cuando no hay dinero.

ÑATO. ¡Claro! ¡Dinero en circulación! (*Se siente un poco orgulloso de su saber.*)

TILO. Y el dinero... ¿adónde va?

PATO.: ¡Eso! ¿Quién lo tiene?

PITÍN. ¡Yo no!...

ÑATO. ¡Yo qué sé dónde está! ¿También quieres que sepa eso?

TESO. Vamos, Ñato. No presumas, que estás *in albis*.²³

ÑATO. Es que este se descuelga con cada cosa rara... Yo lo que te puedo decir es que la crisis viene cuando no hay guita.

RONCO. Y te echan del trabajo.

TILO. ¿Por qué?

RONCO. Pues... porque no hay trabajo...

ÑATO. ¡Claro! ¡Psss!

TILO. ¿Y por qué?

RONCO. ¿Y por qué qué?

TILO. ¿Por qué no hay trabajo?

²³ En G: *Vamos, Ñato, no te mandés la parte.* En A: *No te pongas así...* Pero Gorostiza aclara a Buero que el significado real es: «No seas artista, o actor», o bien, de otro modo: «Estás demostrando que sabes pero no sabes».

ÑATO. Pues... porque no se vende tanto como antes...

TILO. ¿Y por qué?

ÑATO. ¡Oye, me estás cargando, ya!

PATO. Tiene razón, ¿por qué? ¡Lo que pasa es que tú no tienes ni idea!

ÑATO. ¿No te lo he explicado?

PATO. ¡Qué vas a explicar!

MINGO. Mira, Tilo... No se vende porque la gente no tiene dinero.

ÑATO. ¡Claro! ¡Psss!

TILO. Y la gente no tiene dinero porque la echan del trabajo.

ÑATO. ¡Eso mismo!

TILO. Estamos siempre en las mismas. Todo eso yo ya lo sabía...

ÑATO. ¿Entonces por qué preguntas?

TILO. *(En sus pensamientos.)* Y los que tienen guita, los millonarios, ¿cuando hay crisis qué hacen?

ÑATO. Oye tú, ¿qué te has pensado? ¿Que mi viejo es millonario?

TILO. *(Con idea fija.)* ¿Sabéis que la madre de Andresito necesita cien durazos?

(El ÑATO se aparta subconscientemente.)

PATO. ¡Cien durazos!

MINGO. Antes de las doce.

PATO. Pues... Andresito vendrá ahora...

TILO. ¿Qué hora es?

(PITÍN se corre hacia el costado derecho y mira a lo lejos la torre de la iglesia.)

PITÍN. Van a ser las once.

(Pasan algunas MUJERES a misa. Se abre la puerta y aparece la figura de un HOMBRE evidentemente burgués y evidentemente preocupado. Su aspecto es cordial. Casi no mira cuando les habla. Luego se aleja con pasos cortos. Su cuerpo está endurecido por la preocupación.)

HOMBRE. Con permiso, muchachos...

(Los muchachos se abren en abanico después de dar paso al HOMBRE, que se va por la derecha, acelerando su paso.)

TILO. *(A MINGO, que está a su lado, a la derecha.)* Hasta ahora.

MINGO. ¿Ya te vas?

TILO. *(Yéndose.)* Sí...

PATO. *(Que ve desde la izquierda.)* ¿Volverás pronto, Tilo?

TILO. Sí.

MINGO. Hasta ahora.

(TILO se va por la derecha a paso regular.)

TESO. *(Mirando hacia arriba.)* ¿Viste cómo se aclaró, Pato?

PATO. Sí.

TESO. Entonces juega Mingo.

PATO. Pues... parece que sí.

TESO. *(Alegre. A MINGO.)* ¿Juegas tú, Mingo?²⁴

MINGO. *(Distraído, volviendo de la derecha.)* ¿Por qué?

PATO. Si no viene Andresito...

PITÍN. ¿Me prestas el libro, Ñato?

MINGO. *(A PATO.)* Va a venir...

ÑATO. *(A PITÍN.)* Nooo...

PITÍN. ¡Anda, so agarrado!

TESO. *(A MINGO.)* ¿Qué sabes tú si va a venir o no?

(Los muchachos se van corriendo lentamente, como suelen hacer ellos, hasta la puerta, y al final del diálogo están ya en el balcón derecho.)

MINGO. *(Con un poquito de decisión.)* Pues... tiene que venir.

PATO. ¿Y si no viene?

MINGO. *(Con un poquito de miedo.)* ¿Por qué no va a venir? *(Silencio.)*

RONCO. ¿En dónde están haciendo el puente?

PATO. Por ahí. Cerca de la Campana, creo.

RONCO. ¿Y cómo viene siempre?

PATO. ¡En el tren!

PITÍN. ¡Anda, Ñato, préstamelo!

ÑATO. Te he dicho que no...

PATO. No viene más que los sábados...

RONCO. Claro...

TESO. *(Haciendo un descubrimiento.)* Oye, Pato, ¿por qué no averiguas si va a llegar algún tren?

ÑATO. ¿Y quién te dice que no viene en camión?

PITÍN. Bueno. Si no viene juega el Mingo y se acabó... ¿Tanto lío por eso?

MINGO. *(Pesadamente.)* ¿No oíste lo de la vieja?

PITÍN. ¿Qué le pasa?

MINGO. ...que necesita cien duros.

TESO. Como él no tiene que pagar, sabes...

PITÍN. A mí no me vengas con eso. *(Encolerizado.)* Y si hay que poner cuartos, yo pongo. *(Más encolerizado.)* ¡Para eso trabajo! *(Tiene un arranque.)* ¡Aquí hay cinco duros!, ¿qué pasa? *(Estira la mano con cinco duros y con la otra reclama que lo imiten.)*

ÑATO. ¡Loco! ¿Te crees que vamos a juntar cien machacantes?

²⁴ A: ¿Así que juegas tú, Mingo?

PATO. *(Ve la posibilidad.)* ¿Y por qué no?

MINGO. *(Ve también.)* ¡Listo! ¡Vamos a juntarlos!

PITÍN. ¿Cuánto pones, Ñato?

ÑATO. *(Dudando.)* Pues, no sé... *(Tiene un asomo de esperanza.)* ¿Pero habláis en serio?

PATO. ¡Claro que hablamos en serio! ¿Qué te crees?

TESO. No seas roñica, hombre...

ÑATO. Y tú, ¿cuánto pones?

TESO. Verás... Es que yo no trabajo...

RONCO. *(Que estaba aparte.)* Toma.

PITÍN. ¡Veinte durazos!

TESO. ¡Estás loco, Ronco!

RONCO. *(Sordo.)* Cuando puedan me lo devuelven. *(Tímidamente.)* ¿No hemos quedado en juntar?

PATO. *(Que se convierte en el cajero.)* Bueno, Ñato, ¿cuánto pones?

ÑATO. Pues... yo...

PITÍN. Mira, Pato, ahí viene la vieja.

(Todos asoman las cabezas para poder ver la calle izquierda.)

PATO. Guarda eso, no vaya a darse cuenta...

(Los muchachos se desparraman por la acera cerca del balcón derecho. La MADRE, que llega por la calle izquierda, no los puede ver. Cuando llega frente a la puerta se detiene y titubea. Luego sube el escalón con cansancio y duda un momento. Los muchachos miran. Al fin, la MADRE levanta el brazo y con timidez golpea el aldabón de la puerta. Los golpes son cortos, pero pesados. Mientras espera, su brazo queda en alto denotando el temor que la embarga. Los muchachos, mirando ya abiertamente, reflejan una tenue mezcla de interés y sorpresa. Cuando la MADRE levanta nuevamente el brazo hasta llegar al aldabón, las campanas que anuncian las once comienzan a hacerse oír. Su tañer es algo más lento que el que se oyó al comienzo del acto.)

TELÓN

CAMBIO DE MOVIMIENTO

Después de bajar el telón, al finalizar el primer movimiento, las campanas continúan su tañer al mismo ritmo. Pocos segundos permanece el telón echado. Cinco segundos antes de levantarse nuevamente, el sonido sube en tirabuzón y se oye el mismo redoble rápido que se oyó cuando comenzó el acto. Bajo este redoble se alza el telón, dejando ver un interior que sin duda alguna pertenece a la casa que fue escenario del primer movimiento. La misma conformación física y geométrica, pero invertida, lo demuestra

claramente. En el interior, muebles y objetos de lujo denotan la solvencia económica de sus habitantes: una mesita baja y elegante con sillas o sillones a su alrededor. Más allá, un sofá; a su lado el teléfono. Un aparato de radio. Algo así como una biblioteca y un pequeño bar. Una cortinita elegante separa la habitación de la puerta de salida, que está un metro más allá y no se ve. Un enorme balcón a la izquierda, en diagonal; y otro más pequeño a la derecha, más en diagonal aun. Ya levantado el telón, las campanas terminan su tañer con una campanada aislada, más fuerte que las anteriores. Inmediatamente, sin tregua, se oye trepidar el timbre del teléfono.

SEGUNDO MOVIMIENTO

[LA CASA]

Luz pobre de casa rica ilumina el ambiente. Los balcones herméticamente cerrados. Hay un ambiente de lujo y soledad cuando el telón sube y comienza a sonar el timbre del teléfono. Aparece RODOLFO, que trae un libro de tapas oscuras en la mano.

RODOLFO. *(Atendiendo la llamada.)* Diga... *(Fuerte, frunciendo el ceño.)* ¿Por quién pregunta? *(Gesto de disgusto; luego, con insolencia.)* ¡No, aquí no hay ningún Fernández! *(Cuelga mientras llega ELENA.)*

ELENA. ¿Quién era?

RODOLFO. *(Con la misma insolencia.)* Una equivocación. *(Se sienta en el sillón que hay junto al teléfono y hace como que lee el libro.)*

ELENA. *(Para sí.)* ¡Es raro esto de Luis! *(A RODOLFO.)* ¡No vayas a ocupar el teléfono ahora que puede llamar!, ¿eh?

RODOLFO. *(Con modulación especial.)* Sesesé...

ELENA. Mira, no te hagas el gracioso, ¿quieres?

RODOLFO. Sesesé...

ELENA. ¡Idiota! *(Se va hacia dentro, enojada.)*

RODOLFO. *(Apenas ELENA desaparece, toma el teléfono y marca un número. Habla lleno de dulce donjuanismo.)* ¿Cómo estás?²⁵ *(Echa los pies sobre el sofá.)* ¿Todavía en la cama? ¿Has descansado bien? Ay, quién pudiera estar allí ahora... *(Sonríe.)* Lo de anoche ya pasó... -¿Le enseñaste la pulsera a tu hermana? -¿Qué dijo? -Tú te mereces mucho más. *(Ríe embobado.)* - *(Vuelve a reír embobado.)* -¿Te veré esta tarde? -¿Esta noche? -Pero esta noche es muy difícil que tenga el auto²⁶. -Por la tarde, puede ser. Mi cuñado todavía no vino, pero no creo que tarde mucho. -No, el coche está en el garaje. -Sí, me lo presta. No, la otra vez refunfuñó por el guardabarros. -Pero si salimos esta noche, ¿eh?... ayer me

²⁵ A: ¿Cómo te va?

²⁶ A: el coche

quedé sin blanca, ¿sabes?... No... pero óyeme... encanto... Pasearemos en el coche por el parque, ¿quieres? -Bueno, voy a ver si lo consigo. Pero tengo que esperar a que venga mi cuñado. -Y qué quieres, hasta que apruebe... -No, ahora estoy estudiando de veras. -Pues claro que prefiero estar contigo...

(Llega ELENA de improviso.)

ELENA. (*Brusca.*) ¿No te dije que no ocuparas el teléfono?

RODOLFO. (*Cambiando el tono totalmente, sin hacer caso a ELENA.*) -Sí, es una lección²⁷ muy complicada. -¡Luego te lo explicaré mejor! (*Ella se dio cuenta.*) ¡Claro! ¡Exactamente!

ELENA. ¿Quieres cortar, por favor, que puede llamar Luis?

RODOLFO. (*Cubriendo el micrófono con la mano.*) Está bien. Ya corto. (*Al teléfono.*) Tengo que cortar, están esperando una llamada. -Sí, yo te llamo luego. -Bueno, entonces espero que me llames. (*Dulce a pesar suyo.*) -Hasta luego. (*Corta; a ELENA.*) ¿Es que ya no se puede hablar por teléfono en esta casa?

ELENA. Eso es lo único que sabes hacer: hablar por teléfono. Mejor sería que te preocuparas un poco de estudiar.

RODOLFO. (*Muestra un libro.*) Estoy estudiando.

ELENA. Sí, estudiando. Siempre andas con el libro de aquí para allá. Pero haces de todo menos estudiar.

RODOLFO. (*Con sorna.*) ¡Claro, tú sabes si estudio o no estudio!, ¿verdad?

ELENA. ¡Claro que lo sé!

RODOLFO. ¡Sesesé! Tú siempre lo sabes todo.

ELENA. Deberías pensar un poco en que ya tienes 23 años.

RODOLFO. ¿Para qué? Total... (*Marcando las sílabas.*) ...ya hay quien me lo hace recordar.

ELENA. (*Con desprecio absoluto.*) Si no fuera por mí, no sé qué sería de ti.

RODOLFO. ¿Por qué no dices de «vosotros»?

ELENA. ¿A qué viene eso?

RODOLFO. Como ahora papá no está y no puede oírte...

ELENA. ¡Y aunque estuviera! ¿Después de todo, no tengo derecho a decirlo?

RODOLFO. (*En el colmo de la ironía.*) ¡Sí, claro!

ELENA. ¡Mira, te aseguro que esto se va a acabar! En cuanto llegue Luis lo primero que voy a hacer es hablarle de esta situación.

RODOLFO. (*Se siente peligrar.*) ¿Y qué culpa tengo yo de que papá haya tirado el dinero?

ELENA. ¡Tú eres igual que él! ¡Nunca tienes un céntimo!

RODOLFO. Mira, no me hagas hablar; que soy capaz de decirle a Luis por qué te casaste con él.

²⁷ A: materia

ELENA. (*No sabe qué hacer ni qué decir: explota.*) ¡Cínico! ¡Me casé con él por amor; no por otra cosa!

(*Se oyen golpes que vienen de la puerta. Son seguidos y nerviosos.*)

ELENA. (*En una transición casi cómica.*) ¡Anda a ver; debe ser el panadero!

RODOLFO. (*Calmoso*²⁸.) No quiero.

ELENA. (*Yendo hacia la puerta, llena de rabia.*) ¡Como para vivir sin sirvientas, con tanto haragán en la casa!

(*Desaparece tras la cortina y enseguida se oyen las voces.*)

MUJER. ¡Elenita! ¿Cómo estás?

ELENA. ¡Tere! ¡Qué sorpresa! ¡Pasa, pasa! ¡No he hecho otra cosa hoy que pensar en ti!... Pasa.

(*Entran las dos al interior. La MUJER es la misma que en el primer movimiento se vio entrar y salir de la casa.*)

TERE. ¡No me digas!

ELENA. De veras...

TERE. Chica, vaya un montón de frescos que hay ahí en la puerta. ¿Por qué no los echas?

ELENA. Quita, quita. Me tienen harta. ¡Son insoportables!

TERE. (*Elegantemente.*) ¿Cómo te va, Rodolfito?

RODOLFO. (*De mal modo.*) ¡Hola!²⁹

(*Se va hacia adentro, sin mucho apuro.*)

TERE. (*A ELENA.*) ¿Qué le pasa?

ELENA. Que le acabo de cantar las cuarenta... ¡Se las tenía merecidas!

TERE. (*Tomándolo por el lado más fácil.*) ¡Tú siempre la misma! (*Ríe un poco estúpidamente.*)

ELENA. (*Invitándola a sentarse frente a la mesita baja.*) Perdóname que te reciba así, Tere, pero no te esperaba. Ya sabes que ahora, con la falta de sirvientas...

TERE. (*Explotando.*) ¡No me hables! ¡Menudo problema!

ELENA. ¡Je! ¡Si lo sabré yo!

TERE. (*Con voz aguda.*) ¡La nuestra se nos va ahora!...

ELENA. Ah, ¿sí?

TERE. Sí, a trabajar a una fábrica. Ya sabes, estas pelanduscas, con tal de trabajar poco hacen cualquier cosa...

ELENA. ¡Claro!

TERE. Nosotros pusimos un anuncio en el periódico, ¿sabes? ¡Llegaron dos!

ELENA. ¡Qué suerte!

²⁸ A: Calmo.

²⁹ A: ¡Qué tal!

TERE. ¡Para qué te voy a contar! Cuando vieron que la casa tenía seis habitaciones, dieron media vuelta y se fueron.

ELENA. ¡Qué barbaridad!

TERE. ¡No, si ya no se puede vivir!

(Las dos están de completo acuerdo.)

ELENA. ¡Y que lo digas! *(Pausa.)* ¿Te apetece una copita de algo?

(ELENA, que se había sentado, se levanta y va en dirección al bar.)

TERE. ¡Déjalo, mujer! ¿Para qué te vas a molestar? *(ELENA trae, durante el diálogo siguiente, botella y copas; luego sirve a TERE.)* ¿Y tu marido? ¿Qué tal?

ELENA. *(Recuerda e instintivamente mira el teléfono.)* No sé, todavía no ha llegado. Es de lo más extraño. Cuando no puede venir, siempre avisa.

TERE. *(En voz confidencial.)* ¿No se habrá ido por ahí, eh? *(Ríe estúpidamente.)*

ELENA. ¡Luis! ¡Qué va! ¡Cómo se ve que no lo conoces!

TERE. ¿Sigue tan serio?

TERE. *(Con una sonrisa.)* Es un aburrido.

TERE. Si tú lo dices..., tus razones tendrás... *(Ríen tontamente las dos.)*

ELENA. Pero es bueno.

TERE. Eso ya es algo, ¿verdad? *(La misma risa, menos intensa.)*

ELENA. Ya lo creo... Hoy en día hasta los buenos escasean. *(Ríen tontamente las dos.)*

TERE. ¿Sigue construyendo el puente?

ELENA. Sí. Me va a parecer mentira el día en que lo terminen.

TERE. ¿Por qué?

ELENA. Figúrate, toda la semana afuera.

TERE. ¿Pues qué más quieres? *(La misma risa, otra vez intensa.)*

ELENA. ¡Ah, pero es una cosa maravillosa lo que que están haciendo, ¿sabes?³⁰

TERE. Ah, ¿sí?...

ELENA. *(Señala la pared.)* Aquí hay una copia del plano. ¿Quieres verlo?

TERE. ¡Pues claro! Figúrate, me interesa muchísimo...

(No le interesa nada. Cuando se levanta mira la tapa de una revista de modas, que hay al lado del teléfono. Las dos frente al plano, contra la pared, de espaldas.)

TERE. *(Antes de llegar.)* ¡Qué maravilloso! ¡Es realmente divino! ¡Una obra maestra de ingeniería!³¹ ¿Y para cuándo esperan terminarlo?

ELENA. *(Con dudas.)* Luis dice que para dentro de dos meses...

TERE. ¡Entonces falta poco!

³⁰ A ¡Ah, pero es un trabajo maravilloso el que están haciendo!, ¿eh?

³¹ A: ELENA. Sí, ¡es lo que se dice una obra de titanes! TERE. ¡Me lo figuro! B suprime este diálogo.

ELENA. Entre nosotras, a mí me parece demasiado optimismo. Hace siete meses y medio que empezaron...

TERE. *(A quien le había impresionado más la revista de modas.)* Claro, claro... *(Vuelve despacio hacia la revista.)* Oye, Elenita, ¿tú recibes el «Vogue»?

ELENA. Sí, todos los meses.

TERE. ¡Qué bien! *(Lo hojea.)* Es interesante, ¿verdad?

ELENA. Trae unos modelos preciosos.

(Vuelven con la revista a la mesita.)

TERE. Mira este, qué fantástico.

ELENA. Yo me voy a mandar hacer este, mira.

(Le toma la revista y busca en su interior. Llega el PADRE de ELENA con voz alegre.)

PADRE. ¡Hola, hola, hola!

TERE. *(Mirando al PADRE.)* ¡Pero qué buen mozo se mantiene tu papá, Elenita!

ELENA. ¡También, la vida que lleva!

PADRE. *(No le gustó eso; disimula.)* ¡Qué hora más rara de hacer una visita! *(Su tono, como su voz, es más joven que su apariencia física.)*

TERE. Me aprovecho de la confianza... Vine para ir a misa con Elenita.

(El PADRE se fue a sentar en el sillón grande y lee el diario del domingo, que estaba allí.)

ELENA. No me habías dicho nada...

TERE. Estábamos tan entretenidas charlando... Pero si vamos a misa de once tenemos tiempo. *(Mira su reloj.)* Todavía no son menos veinte.

ELENA. Es que tengo que esperar a Luis, ¿sabes?

TERE. ¡Ah, claro!

PADRE. *(Interrumpe su lectura.)* ¿No llamó?

ELENA. No. No llamó.

TERE. *(Por lo de la misa.)* Bueno. Pues otra vez será.³²

ELENA. *(Que encontró en la revista, pues seguía buscando.)* Mira, aquí está, es este.

TERE. ¡Chica!³³ ¡Qué modelo más precioso!

ELENA. He pensado³⁴ ponerle aquí un bordadito...

TERE. Le sentaría muy bien.³⁵

(RODOLFO entra lentamente en dirección a la biblioteca y allí cambia un libro por otro.)

³² A: Pues bueno. Otra vez será.

³³ A: ¡De veras!

³⁴ A: Yo pensaba

³⁵ A: No vendría mal.

TERE. ¿Sabes que el otro día vi a Lola con un modelo de lo más disparatado?

ELENA. ¡Es una extravagante!

(El PADRE no puede leer el diario y «mira» el diálogo.)

TERE. ¡Uf!, ¿tú sabes?³⁶ ¡La gente se volvía para mirarla!

ELENA. Eso es lo que ella quiere.

(RODOLFO ya está buscando el libro.)

PADRE. (Jovial y sarcástico.) *Eso es lo que quieren todas las mujeres.*

RODOLFO. ¡Jaaa! *(Sonido gutural parecido a una risa.)*

ELENA. (Al PADRE.) Sigue con tu periódico y será mejor.

TERE. *(Celebrándolo de veras.)* ¡Siempre tan ocurrente!

(RODOLFO se va con el otro libro.)

ELENA. ¡Oh, sí, muy ocurrente!

PADRE. No es nada más que la verdad. Y por otra parte es bien lógico.

ELENA. ¿No te parece que ya estás un poco viejo para hablar de esas cosas?

PADRE. Y también es bien lógico que las mujeres no quieran aceptarlo.

TERE. Pero tu papá no está viejo.³⁷

PADRE. Sí, sí, lo estoy, sí. Cuando era joven no podía decir ni pensar cosas como estas.

TERE. ¿Por qué?

ELENA. Uno acerca demasiado las cosas a uno mismo. Y entonces no se puede ser imparcial.

TERE. *(Haciendo un gesto especial a ELENA.)* ¡Mira!

ELENA. (A TERE, *igual.*) ¿Viste?

PADRE. *(Superándolas.)* Pues así es.³⁸

ELENA. ¿No sabes que es medio filósofo?

TERE. *(De lo más divertida.)* Siempre lo fue un poco...

PADRE. *(Sin importarle.)* Ver las cosas, nada más.

ELENA. Tienes ahí el periódico...

TERE. Me figuro cómo habrá tenido a las mujeres, en su tiempo.

ELENA. ¡Yo también!

PADRE. *(Campechano.)* Mi hija no puede concebir que yo haya sido un hombre con todas las de la ley.

ELENA. *(Dura.)* Hacen falta muchas cosas para poder serlo.

(Ante la violencia de la situación, el PADRE opta por leer el diario otra vez.)

TERE no sabe qué decir.)

³⁶ A: Pero, ¿tú sabes?

³⁷ A: Oye, pero tu papá no está viejo.

³⁸ A: Sin embargo, es así.

ELENA. (*Hojeando siempre la revista; a TERE.*) Mira, este también me gustaba.

TERE. (*Salvada.*) Sí, es bonito.

ELENA. Creo que el otro me sentará mejor, ¿no te parece?

TERE. (*Pensando de veras.*) Mujer, te diré...

(*Aparece RODOLFO con su lentitud característica, ahora habla despacio.*)

RODOLFO. En la cocina se quema algo.

ELENA. (*A TERE.*) ¡Uh!³⁹ ¿Me permites un segundo?

TERE. ¿Tampoco tienes cocinera?

ELENA. ¡Qué más quisiera! Espera, enseguidita vengo...

TERE. No faltaba más. Hojearé esto, mientras vuelves.

ELENA. (*Yéndose; a RODOLFO, que ya estaba cerca del teléfono.*) ¡No llares por teléfono!, ¿eh?

RODOLFO. (*Con rabia.*) ¡Noooo! (*Ante el fracaso, retrocede y desaparece otra vez.*)

PADRE. Elenita está un poco nerviosa porque Luis no ha vuelto todavía...

TERE. Claro. ¿Tenía que venir hoy?

PADRE. Ayer. (*Con naturalidad, casi indiferencia.*) No sé qué ha pasado.

TERE. Es extraño.

PADRE. Sí. (*Pequeña pausa.*) En fin. Pronto llegará.

TERE. Por supuesto.

PADRE. (*Se levanta, con ganas de hablar, extemporáneamente.*) Y la juventud de hoy es todavía peor que la de mis tiempos.

TERE. (*Confundida.*) Así dicen. Yo no sé.

PADRE. Sí. Créamelo. Y esto no va a parar hasta que se arreglen las cosas.

TERE. (*Ingenuamente.*) ¿Qué cosas?

PADRE. (*Sorprendido.*) ¿Eh? (*Comprende. Para sí.*) Ah, claro. Usted no comprende.

TERE. (*Más confundida.*) Pues...

PADRE. Mire. Antes las clases sociales eran dos. Aquí estaban los de arriba y aquí estaban los de abajo. Ahora no. Ahora todo está más mezclado. Ahora hay una escalera. (*Ese es su argumento.*) Eso es. Una escalera. Cada uno tiene un escalón. Unos están abajo del todo y otros arriba, pero hay un montón de escalones llenos de gente. Y todos luchan por subir y por no bajar, ¿comprende? Entonces no hay tiempo para otra cosa. El de abajo le hace cosquillas al de arriba, y el de arriba le tira patadas al de abajo. ¿Se da cuenta? De vez en cuando, alguno se escurre y sube; y otro pega un resbalón y cae. Pero esas son excepciones.

TERE. (*Sin ninguna seguridad.*) Claro...

PADRE. (*La mira, fríamente, enigmáticamente.*) ¿Y le parece que eso está bien?

³⁹ A: Uh, caramba.

TERE. Pues...

PADRE. Naturalmente. A usted todavía no le han hecho cosquillas.

TERE. (*Algo picada.*) ¿Y a usted?

PADRE. Yo ya no tengo.

TERE. (*Intenta salvar la situación.*) ¡Qué gracioso!

PADRE. (*Continuando.*) En mis tiempos, sacando algunos anarquistas y otros cuantos socialistas, todos vivían tranquilos. Los de arriba, contentos. Y los de abajo, bueno, los de abajo, al menos vivían resignados. Pero hoy en día... (*Silbidito de admiración.*)

TERE. (*Aprovecha la oportunidad de opinar algo.*) ¡Sí, si es terrible! Ya no se puede conseguir sirvienta...

PADRE. (*Frío y duro como el hielo.*) No se puede conseguir sirvienta.

TERE. (*Agudo.*) ¡No!

PADRE. (*Igual.*) Qué barbaridad.

TERE. (*Igual.*) ¡Una verdadera barbaridad!

PADRE. Y usted... ¿trabajaría de sirvienta?

TERE. ¿Yo?... No sé por qué tendría que hacerlo.

PADRE. ¿Usted ve? Eso es lo que ellos también han empezado a decir.

TERE. Pero es distinto...

PADRE. Su madre le habrá contado algo acerca de mí, ¿no es así?

TERE. Sí. Algo.

PADRE. (*Con indiferencia.*) ¿Le dijo que fuimos novios?

TERE. (*Asombrada.*) ¡No!

PADRE. (*Siempre igual.*) Bueno, no importa. No le diga nada, no tiene importancia. Pero al menos sabrá que yo tenía mi buen capitalito, ¿no es cierto?

TERE. Sí. Y me dijo también que lo perdió tontamente.

PADRE. (*Realmente herido.*) ¡Cómo tontamente!

TERE. (*Con cierta timidez.*) Por lo menos eso era lo que tenía entendido...

PADRE. (*Continuando, sin oír a TERE.*) ¡Tontamente! Si uno tiene confianza en alguien, y ese alguien abusa, ¡uno es tonto! ¡Bonita manera de pensar! ¡Entonces no hay que tener confianza en nadie!

TERE. Confianza sí. Pero hasta cierto punto...

PADRE. ¡Sí! Es en ese cierto punto donde comienza a tener importancia el dinero. (*Sopla.*) Si yo invito al señor Pérez a cenar a mi casa, yo soy un caballero y el señor Pérez está de lo más amable. Pero si el señor Pérez y yo nos encontramos casualmente en un restaurante antes de cenar y por cumplido⁴⁰ nos sentamos a la misma mesa, a los dos se nos indigesta la comida pensando en quién va a pagar. Ese es el cierto punto.

⁴⁰ A: *cumplidamente*

TERE. (*Riendo estúpidamente.*) Usted siempre tan ocurrente.⁴¹

(*Entra ELENA.*)

PADRE. (*Continuando.*) Las cosas están mal hechas. Es necesario convencerse.

ELENA. (*Sarcástica.*) ¿Estás pronunciando una de tus acostumbradas arengas, papá?

TERE. ¿Pero sabes que está hecho todo un revolucionario?

PADRE. (*Con verdadera lástima de sí mismo.*) No, pobre de mí.

ELENA. Si se ocupara de algo no tendría tiempo para pensar.

PADRE. Sí, creo que es eso. Que tengo tiempo⁴² para pensar.

ELENA. (*Sarcástica.*) Cualquier día de estos sale en los periódicos.

TERE. Bueno, no se pongan serios.

PADRE. (*Reaccionando.*) ¡Cualquier día!

ELENA. Créelo. Le cuesta ponerse serio.

TERE. (*Admirada.*) ¡Yo le envidio su carácter!

PADRE. No tiene más que imitarme.

TERE. Es difícil. Usted es tan ingenioso...

PADRE. ¡Ojo! Que su madre también estuvo enamorada de mí en un tiempo.

ELENA. ¿No te dije? Le cuesta, le cuesta.

TERE. Tenga cuidado. A ver si le oye papá.

PADRE. No. Él ya no se preocupa por mí. Sabe que no tengo dinero.

ELENA. Tu padre sí que supo hacer bien las cosas.

TERE. ¡Tendrías que ver ahora! Con este asunto de las ventas de tierras, está ganando una porrada de duros.

PADRE. La diferencia está en que él comenzó a comprar casas que luego vendía; mientras que a mí me daba pena desprenderme de ellas porque me encariñaba.

ELENA. (*Hiriente.*) Hasta que te las quitaron.

PADRE. Pero no las vendí.

ELENA. (*Sarcástica, a TERE.*) ¿Sabes que de vez en cuando se complace en recordar sus fracasos haciendo una visita a sus antiguas propiedades?

(*RODOLFO vuelve a entrar lentamente, dirigiéndose al teléfono.*)

TERE. ¿Ah, sí?

ELENA. Es algo así como el criminal que vuelve al lugar del crimen...

(*ELENA ve a RODOLFO cuando este levanta el aparato; se yergue, pero RODOLFO la detiene al hablar.*)

RODOLFO. ¡Voy a preguntar la hora!

⁴¹ A: *Usted siempre es igual de ocurrente*

⁴² A: *Tengo tiempo*

PADRE. (A TERE.) ¿Ha visto? A un hombre con sentimientos lo llaman ahora criminal.

ELENA. No me vas a decir que dejarse arrebatar esas propiedades no es un crimen.

(RODOLFO sabe ya la hora; se va lentamente como vino.)

PADRE. Me embrollaron. Eso es todo.

TERE. Hay que ver la fortuna que está haciendo papá con esas tierras. ¿Sabes que renunció a los Tribunales?...

ELENA. ¡Ah! ¿Ya no ejerce?⁴³

TERE. ¿Para qué?

PADRE. Claro. ¿Para qué? ¿Qué importa que todas las biblias de todos los planetas digan bien claro que la tierra es para trabajarla? Mejor es comprar y vender.

ELENA. (Molesta.) ¡Papá! ¡Sería mejor que!... (Un golpe en la persiana -la pelota de los muchachos- la interrumpe.) Ya están ahí otra vez esos sinvergüenzas... (Va al balcón, abre las persianas; afuera se puede ver a los muchachos.) ¿No tienen otro lugar adónde ir a molestar, que siempre eligen esta esquina?

VOZ DE PATO. Fue sin querer...

ELENA. ¡Ea, lárguense de aquí! A ver si llamo a la comisaría. (Mientras cierra las persianas.) ¡Frescos!

TERE. Tenías que ver cómo estaban cuando yo llegué. Todos tirados ahí en la puerta... ¡Y una todavía les pide permiso y la dejan pasar como si les diera lástima!

ELENA. ¡Son atroces! ¡Y no hay quien los haga salir de ahí!

PADRE. Bueno...⁴⁴ Algo tienen que hacer.

ELENA. Sí. Eso es lo que yo digo. Que deberían tener algo que hacer.

PADRE. ¿Por qué no les enseñan?

ELENA. (Sin hacerle caso. A TERE.) Y todavía a mi marido se le ocurre llevarse a uno de ellos para trabajar con él en el puente...

TERE. ¿Ah, sí? Oye: ¿pero estos trabajan?⁴⁵

ELENA. Yo ya se lo advertí. Ahora ya sabe a qué atenerse.

PADRE. ¿No era alumno suyo en la Escuela?

ELENA. (Atrapada.) Sí... pero por algo la habrá dejado.

PADRE. Por la misma razón que tiene necesidad de trabajar.

ELENA. ¡Ya te pedí varias veces que te callaras la boca, papá!

⁴³ A: ¿Ya no ejerce más?

⁴⁴ A: Pero bueno

⁴⁵ A: ¿Pero estos trabajan, oye?

PADRE. *(Con la misma frialdad utilizada por ella.)* Nunca me callaré mientras digas sandeces.

ELENA. ¡Papá!

PADRE. Perdón.

ELENA. Lo que vas a conseguir es amargarme la vida, como hiciste con mamá.

PADRE. Tu madre, que en paz descansa, también sabía bastante poco de todo esto.

ELENA. ¿Todavía te atreves a hablar así de ella?

PADRE. Que la pobre haya muerto, no significa que haya que olvidar todos sus defectos y recordar todas sus virtudes. Es una costumbre, pero muy mala.

ELENA. *(A TERE.)* ¿Te das cuenta?

TERE. No te pongas así.⁴⁶ ¿No ves que siempre habla en broma?

PADRE. Esa también es otra mala costumbre. Cuando la gente no entiende lo toma todo a broma...

ELENA. Ahí tienes. Defiéndelo.

TERE. ¿Pero es posible que se ponga del lado de esos vagos, que están todo el día haraganeando?

PADRE. *(Como diciendo: 'señorita, no sea tonta'.)* ¡Usted ve que yo estoy de este lado de aquí... y ellos están de aquel lado de allá!

TERE. Bueno, pero los defiende...⁴⁷

PADRE. *(Se levanta, un poco aburrido ya.)* ¿Cómo no voy a defender a un muchacho que, según declaraciones del mismo señor esposo de la señora, es un ayudante ejemplar?

TERE. Ah, ¿sí?

PADRE. *(Continuando.)* El error en que toda «vuestra» clase incurre, queridas señoras, es el pensar que «sois» diferentes... *(Pequeña pausa.)* Un día, Jesucristo dijo: todos en este mundo son iguales... o algo por el estilo. Desde entonces, hasta el más tonto lo sabe; y si a alguien se le ocurriera repetirlo ahora, lo llamarían Perogrullo. Pero sin embargo, eso es lo que menos se ve. Ejemplo: «vosotras» «habéis» hablado de esos muchachos como de gente diferente. Pero no «habéis» pensado, «queridas señoras», en que ellos están allí... ¡porque nosotros estamos aquí!

ELENA. Déjalo. No tiene cura.

(El PADRE hace un gesto cómico y vuelve a su sillón.)

(Comienzan a sonar campanas, con el mismo ritmo del principio. El PADRE toma el teléfono después de consultar su reloj.)

⁴⁶ A: Pero no te pongas así

⁴⁷ A: Sí, bueno, pero los defiende...

ELENA. Por favor, no ocupes el teléfono, que puede llamar Luis. (*Mira también su reloj mientras el PADRE se sienta, resignado.*) ¡Qué barbaridad! ¡Ya son las once menos cuarto!

TERE. (*Después de un corto silencio cubierto por las campanas.*) ¿Por qué no tratas de telefonear?

ELENA. Es imposible. Lo he intentado varias veces y no lo he conseguido.

(*Las campanas terminan su redoble con dos campanadas aisladas.*)

ELENA. (*Después de la pausa, al PADRE.*) ¿No vas a ir a misa, hoy?

PADRE. (*Aún enfurruñado.*) Sí.

ELENA. ¿Qué esperas?

PADRE. Todavía hay tiempo. Yo voy a misa, no a lucir ningún modelito. (*Lee.*)

TERE. (*Queriendo ser oportuna.*) ¡Oye, pero cómo está tu papá, hoy!

ELENA. ¿Hoy? ¡Hoy está tranquilo!

TERE. (*Guiñándole un ojo.*) Lo que me extraña es que todavía vaya a misa...

PADRE. (*Que no leía.*) Voy a misa, sí. Todavía me queda eso.

ELENA. Ah, sí. Porque él habla mucho, ¿sabes? Pero pierde cuidado que nunca saldrá a la calle a tirar una bomba.

PADRE. (*Con sus cosas.*) Voy a misa, sí. Después de todo, es la mejor manera que tengo de emplear el tiempo.

ELENA. (*Agudo.*) ¡Sí, haces bien, haces bien!

TERE. Ten cuidado de que no vaya a encontrar otra manera. (*Ríe estúpidamente.*)

ELENA. ¡Pobre de mí!

PADRE. No... ya no... (*Lo dice muy lentamente; se levanta disgustado consigo mismo, deja el diario y se va hacia adentro.*)

TERE. (*Después de espiar la retirada del PADRE.*) Elenita, ¿podría pasar un minuto al tocador?

ELENA. ¡Claro, mujer! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

TERE. Porque no... Estaba tu papá.

ELENA. Ven, pasa. Por aquí, ven.

(*Se van por otra puerta. Inmediatamente entra el PADRE, colocándose el sombrero con burguesa compostura. Cuando atraviesa, ve la botella y las copas sobre la mesa baja y se detiene. Despreocupadamente se sirve y toma de una de las copas. Entonces vuelve ELENA, sola.*)

ELENA. (*Levantándole la bandeja, la botella y la otra copa.*) ¿Dónde estuviste anoche?

PADRE. (*Con leve sorpresa.*) ¿Por qué?

ELENA. Viniste tardísimo.

PADRE. (*Pausita.*) Estuve con unos amigos.

ELENA. (*Fría y tranquilamente.*) Jugando.

PADRE. (*Se rebela como un niño que quiere ocultar lo evidente.*) ¡Quién dice que estuve jugando, vamos a ver!

ELENA. (*Siempre fría y con calma.*) ¿Qué estuviste haciendo?

PADRE. (*Le devuelve la mirada. Tiene las manos en los bolsillos, un montón de rabia en el rostro.*) Jugando. (*Su voz no es más fuerte que la de ELENA.*) Y gané. (*Saca una de sus manos del bolsillo y enseña un montoncito de billetes.*) Uno a uno. Con labo-
riosidad de hormiga.

ELENA. (*Destemplada.*) Mira, papá. Esto se tiene que terminar.

PADRE. (*Arrancando para irse.*) Bueno, está bien.

ELENA. (*Interrumpiendo su marcha.*) No, está bien no. Esto tenemos que resol-
verlo antes de que llegue Luis.

PADRE. (*La mira, como estudiando su rostro.*) Sí, claro.

ELENA. No es posible que además de haber derrochado todo lo que tenías, pierdas ahora jugando los duros que... (*Titubea.*)

PADRE. (*Tranquilamente.*) Que me das.

ELENA. ¡Sí, y si te los doy es porque al fin de cuentas se los doy a mi padre!

PADRE. (*Siempre calmamente.*) Es lo único que te une a mí. El saber que soy tu padre.

ELENA. (*Molesta.*) ¿Por qué dices eso?

PADRE. (*Ya con algo de ironía.*) La institución del hogar me mantiene a tu lado, nada más.

ELENA. (*Comienza a ponerse histérica.*) Después de todo lo que Luis y yo hemos hecho por ti, ¿nos pagas con esto?

PADRE. De algún modo tengo que pagar...

ELENA. (*Comienza a lloriquear.*) ¡Eres un cínico! ¡Eso es lo que eres!

(*El PADRE la contempla y resuelve iniciar la retirada.*)

ELENA. (*Cortando el llanto y la retirada del PADRE.*) ¡Papá!

PADRE. (*Cansado.*) ¿Qué?...

ELENA. ¿Estás ahora apurado?

PADRE. Sí.

ELENA. (*Ve su «hogar» dañado; trata de atraerlo. Lloriquea suavemente.*) Si te ocuparas en algo, en trabajar... No digo que ganes dinero, yo y Luis tenemos ya bastante, pero sí que ocupes tu tiempo...

PADRE. (*Deteniéndose realmente.*) Yo-y-Luis.

ELENA. (*Sorprendida.*) Bien sabes que su dinero es mío.

PADRE. En este caso... sí.

ELENA. (*Con rabia.*) ¿Por qué tienes que criticar siempre y siempre, y no encontrar nunca nada bien?

PADRE. (*Soportando, desde la puerta.*) Porque nunca hay nada bien hecho.

ELENA. ¿Acaso no te hemos tenido con nosotros, como debía ser?

PADRE. No te culpo de eso. En todo caso el culpable he sido yo.

ELENA. ¿Y de qué te quejas, entonces?

PADRE. (*La mira fijamente.*) ¿Yo me he quejado?

(*Una pequeña pausa, en la que ELENA no sabe qué hacer. Al fin se pone a llorar nuevamente.*)

ELENA. ¿Por qué me mortificas así?

(*El PADRE suspira hondo, vuelve y se sienta, dejando el sombrero a su lado. Está dispuesto a esperar aún más.*)

PADRE. Si no me tuviera una gran lástima a mí mismo, me apenaría verte llorar.

ELENA. (*Sigue llorando histéricamente.*) ¡Siempre me haces sufrir!

PADRE. (*Calmoso, casi con indiferencia.*) Cuando dejé de pertenecer a «tu» clase, o por lo menos cuando yo lo creí así, bien sabía que me alejaba de todos vosotros. Era irremediable. Pero solamente el espíritu podía salir por ahí, a ver qué pasaba en el mundo. Mi cuerpo... quedó aquí; para que lo alimentaran y lo albergaran. (*Pausa; habla bajito.*) Creía que me burlaba de todo. (*Se levanta otra vez, reponiéndose, casi dicharacheador.*) Pero ahí está el resultado: fracaso completo. (*Como sermoneando.*) ¡Carne y espíritu, demasiado unidos!

ELENA. (*Más histérica aun.*) ¡Quieres callarte, por favor!

PADRE. (*La mira indiferente.*) Todo eso ya no me conmueve. No es por mí. Es... por este cuerpo, que siempre tendrás necesidad de albergar y alimentar. (*Pausa; sonríe triste e irónicamente mirando alrededor.*) ¡Qué sería si no... de esto!

ELENA. ¿Qué tienes que decir de «esto»?

PADRE. (*Indiferente.*) Nada... Que todo se puede quitar... y todo se puede volver a poner.

ELENA. ¿Por qué no «edificaste» tú algo mejor?

PADRE. (*Muy serio, luego de una pausa.*) Intenté hacerlo. Ya lo creo que intenté. Dios lo sabe. Fue uno de los deberes con que llegué a este mundo y que no supe cumplir. (*Transición rápida, violenta.*) ¿Y sabes quién tiene la culpa de todo? (*Saca de nuevo los billetes del bolsillo.*) Este. (*Otra vez campechanamente, después de una corta pausa.*) Nunca me pude entender con él. ¡Cómo pretendes ahora que le tenga respeto!

ELENA. Pero ahora no es tuyo.

PADRE. ¿Y de quién es? ¿Tuyo? No. ¿De tu marido? No. El dinero corre. Viene y se va. No es de nadie. El dinero es dinero y nada más. Que algunos ahora tengan más no significa que pertenezca a ellos. Lo tienen ahora, que es muy distinto.

ELENA. (*Que no entiende.*) Pero ahora tú no lo tienes.

PADRE. ¿No lo ves? (*Se le acerca más.*) Casi doscientos...

ELENA. Eso te lo dimos nosotros...

PADRE. (*Rápido.*) Los gané.

ELENA. Con nuestro dinero.

PADRE. Que también gané.

ELENA. (*Con alto desprecio.*) ¿A eso le llamas ganar?

PADRE. (*Casi cínicamente.*) Me hice acreedor a cierta cantidad de dinero⁴⁸, ¿no es así? La forma... Bueno. A tus amigas se les puede decir que es porque soy tu padre: a mí se me puede decir que es por... compasión. Pero yo bien sé que me lo⁴⁹ gano muy bien a costa de todo esto. (*Señala a su alrededor.*)

ELENA. (*Furiosa.*) Con esa habilidad, no sé cómo has hecho para no duplicar tu fortuna.

PADRE. Tu abuelo siempre me decía: «A pesar de tu talento, nunca⁵⁰ harás carrera». Él lo sabía. Me dejó abandonar los estudios, me compró un auto... Se parecía a mí en que no tenía carácter. Pero a pesar de todo, vigilaba su caja como la vigilan todos los usureros. (*Con placer.*) ¡Ah, cómo le atormentó en el dieciocho la idea de una revolución mundial! Ya se veía despojado de todos sus bienes y pidiendo limosna en la vía pública. La solución: ¡alarmas en puertas y ventanas! (*Ríe suavemente, habla como para sí.*) Si viviera ahora estaría en el escalón más alto de la escalera... ¡Cómo temblaría y se estremecería con las cosquillas de los de abajo! (*Ríe suavemente.*)

ELENA. ¡Podrías terminar de una vez con esa dichosa escalera!

PADRE. (*Irónico al extremo.*) ¿Con que mi hija tiene también miedo de que se caiga? ¡Jajá! ¡Descendencia directa!

TERE. (*Entrando coquetamente, mientras se alisa la falda.*) ¿Cómo?⁵¹ ¿Usted todavía aquí?

PADRE. (*Ya le molesta.*) Usted también.

TERE. Sí... (*Quiere explicar y se confunde.*) ...estaba peinándome.

PADRE. (*Sin tono, pero con fuerza.*) Peinándose.

TERE. (*Sin afirmar.*) Síí... (*Pausa.*)

ELENA. (*Se levanta confundida y camina hacia ella.*) ¿No se te hace tarde?

TERE. ¡Sí! Ya debe estar por empezar la misa. Bueno, querida, hasta prontito. Espero que me vengas a visitar con tu marido...

ELENA. Naturalmente. En cuanto llegue se lo voy a decir. Hasta prontito.

TERE. (*Desde la cortina de la puerta, al aire más que al PADRE.*) Buenos días...

ELENA. (*Vuelve, se produce un silencio y quiere reanudar la lucha.*) Dentro de poco no va a poder venir nadie a esta casa. (*PADRE no contesta. Pausa. Ella busca.*) ¿No ibas a ir a misa?

⁴⁸ A: de duros

⁴⁹ A: los

⁵⁰ A: jamás

⁵¹ A: ¿Pero cómo?

PADRE. (*Cansado, se decide a contestar.*) Cambié de parecer.

(*Pausa. ELENA busca nuevamente.*)

ELENA. Espero que cuando llegue Luis no le cuentes nada de lo que estuvimos hablando.

PADRE. Claro que no.

ELENA. No tiene por qué saberlo.

PADRE. Así yo resulto beneficiado, ¿no es cierto?

ELENA. Si te parece que no es así, por lo menos el beneficiado será él, que no se entera de estas cosas.

PADRE. Él no se lo merece.

ELENA. ¡Claro que no se lo merece! (*Se oye nuevamente el ruido en las persianas.*)

¡Otra vez esos golfos! (*Va decidida hacia el balcón, pero se detiene a los pocos pasos.*)

¡Para qué! ¡Si van a seguir ganduleando ahí, como siempre! (*Nueva pausa.*)

ELENA *sigue buscando.*) ¿Por qué no vas a misa?

PADRE. No tengo ganas.

ELENA. ¿Así que hay que tener ganas para ir a misa?

PADRE. Yo no le engaño a Dios. Yo le doy todo lo que puedo y él me da todo lo que puede.

ELENA. Las ganas te las quité yo, ¿no es así?

PADRE. (*Con indiferencia.*) Indirectamente, sí.

ELENA. (*Con ironía.*) ¿Qué tengo que hacer para que vuelvas a recuperarlas?

PADRE. (*Suavemente.*) Callarte.

(*ELENA se irrita y la voz de RODOLFO, que aparece lentamente, como siempre, le ahorra un inminente grito de rabia.*)

RODOLFO. ¡Otra vez se está quemando algo ahí!

(*ELENA decide irse, furiosa.*)

RODOLFO. (*Acercándose lentamente al PADRE y señalando el grabado del diario.*)

¿Puedo llevarme esto?

PADRE. (*Sin separar la vista del otro resto del diario, que está «leyendo».*) Sí...

(*RODOLFO se va con el mismo paso que vino. Apenas el PADRE queda solo, se levanta, y marcha disgustado hacia el bar en busca de un nuevo trago. Pocos segundos han pasado. De pronto el timbre del teléfono suena irritante. El PADRE se acerca y levanta el auricular, de pie frente al sillón.*)

PADRE. Diga... (*Un poco serio.*) Sí, al habla. (*Preocupado repentinamente.*) ¿Cómo? (*Con aguda alarma.*) En el puente, sí. (*Largos silencios, rotos por pequeños «sí» pronunciados a intervalos regulares; indudablemente una gravísima noticia es comunicada al PADRE.*) Sí. (*Queda duro, lleno de asombro.*) Síí. (*Se le aflojan los músculos. Una impresión como de repugnancia aparece en el rostro.*) Sííí. (*Se sienta abatido*

sobre el sillón.) Sí. (De pronto se anima. Sus ojos brillan. Se para.) ¿Dónde está? (Decisión rápida, urgente.) Voy para allá.

(Cuelga, temblándole la mano, toma el sombrero y casi corriendo se dirige a la puerta de salida. RODOLFO aparece en la puerta interior; lleva puesta una camiseta sin mangas porque se ha quitado la camisa.)

RODOLFO. (Estúpidamente.) ¿No era para mí?

PADRE. (Sin volverse.) No. (Se va.)

ELENA. (RODOLFO ya está dentro. ELENA entra hablando.) ¿Quién llamó?

RODOLFO. No sé. Para mí no era. (Toma el diario que dejó el PADRE y lo hojea, descuidadamente.)

ELENA. (Duda y va al teléfono. Marca dos números.) Quisiera⁵² comunicar nuevamente con Campana -dos, tres, siete... dos, tres, siete. -Muy bien. (Cuelga. A RODOLFO, que está en camiseta.) Podrías ponerte algo⁵³, ¿no te parece?

RODOLFO. (En cierto modo buscando la paz; interesadamente.) ¿También esto⁵⁴ te incomoda?

ELENA. (Terminante.) Si quieres estar así, anda a tu habitación.

RODOLFO. Pero si aquí no hay nadie ahora...

ELENA. (Explotando.) ¿Es que todos ustedes se confabulan para amargarle la vida a una?

RODOLFO. (Conciliador. Por algo será.) Bueno... Me voy a poner la camisa... (Llega hasta la puerta interior. Allí se vuelve. Va a pedir algo. ELENA no mira, ocupada en volver a colocar la bebida en su lugar.)

RODOLFO. Vendrá Luis, ¿no?

ELENA. (Intranquila.) Supongo que sí.

RODOLFO. Si por cualquier cosa no llega a venir...

ELENA. (Interrumpiéndolo.) ¿Por qué no va a venir?

RODOLFO. No, digo yo. Que no haya podido alcanzar el tren, o algo así.

ELENA. Bueno. ¿Y qué hay con eso?

RODOLFO. (Bastante suave.) ¿Me das permiso para usar el auto esta noche?

ELENA. ¿Para que rompas otra vez el guardabarros?

RODOLFO. El otro día⁵⁵ fue por casualidad...

ELENA. (Cortando.) Bueno, de cualquier manera no te lo voy a dar. Para que andes por ahí con mujerzuelas⁵⁶...

RODOLFO. (Montando en cólera y marchándose violento.) ¡Ojalá no venga!

⁵² A: Quiero

⁵³ A: Podrías muy bien ponerte algo

⁵⁴ A: Esto también

⁵⁵ A: No, el otro día

⁵⁶ A: esas mujerzuelas

(ELENA se queda fría ante la explosión de su hermano. Está más cerca del teléfono que de la cortina que da a la puerta de salida. De pronto se oye el ruido de un aldabonazo en la puerta. ELENA se dirige allí con dos o tres pa-sos cortos, cuando suena de nuevo el timbre del teléfono. Se detiene, duda sólo un segundo y vuelve al teléfono. Lo toma.)

ELENA. ¡Diga! *(Con ansiedad.)* ¿Campana dos, tres, siete? ¡Diga! *(Se oye un nuevo aldabonazo, débil pero seguro.)* ¡Digaaa! *(Las campanas, ya con ritmo más lento –el mismo ritmo empleado al fin del primer movimiento–, comienzan a sonar. Primero suavemente y después más fuerte.)* ¡Digaa! -¿Campana, dos, tres, siete?

Ya así cae el TELÓN del primer acto, hasta que las campanas terminan su redoble con tres campanadas aisladas.

SEGUNDO ACTO

PRIMER MOVIMIENTO

[LA CALLE]

Cuando sube el telón, se oyen nuevamente las campanas que se oyeron al terminar el primer acto. El lugar es el mismo del primer movimiento. La escena continúa. La MADRE está con el brazo levantado y al instante vuelve a golpear el aldabón. Los MUCHACHOS están todos espionando con la misma expresión suspendida del primer acto. Al fin termina el redoble de campanas con tres campanadas aisladas. Se abre la puerta y se oye la voz de ELENA.

ELENA. ¡Ah, es usted! Pase.⁵⁷

(La MADRE entra y la puerta se cierra detrás de ella.)

PATO. ¿Has visto cómo al fin se decidió?

MINGO. ¿Habrá venido el ingeniero?

PATO. ¡Vete a saber!

PITÍN. ¡Con tal de que no le haya pasado nada a Andresito!...

ÑATO. ¿Otra vez con eso?

PITÍN. Bueno, está bien. Ya no puede uno decir nada...

TESO. ¡No te hagas el tonto, Ñato! Vamos, apoquina.

ÑATO. ¿Qué quieres que apoquine, si no tengo...?

PITÍN. ¡Vamos, pórtate! ¡Que el Ronco te ha demostrado lo que es un amigo!

⁵⁷ A: ¿Quiere pasar?

ÑATO. ¡Y qué quieres! Anoche me gasté todo lo que me dio el viejo...

PATO. *(Como un policía.)* Y hoy... ¿cómo ibas a tirar?

ÑATO. Pues... le iba a pedir al viejo esta tarde.

PITÍN. Anda, Pato, regístralo.

RONCO. *(Con enojo.)* Después de todo, si no quiere poner que no ponga.

TESO. *(Introduciéndole la mano en el bolsillo.)* Trae acá, trae.

ÑATO. Suelta de ahí, tú. *(Ofendidísimo.)* A mí que no me metan la mano en el bolsillo, ¿eh?

RONCO. Déjalo, Teso. Que se lo guarde.

TESO. *(Continuando.)* ¡Guárdatelo, tacaño!

ÑATO. ¡Qué tacaño ni qué tacaño! ¿Por qué no pones tú?

TESO. ¿Y qué quieres que ponga? ¿Estas perrillas? *(Saca del bolsillo unas monedas y las muestra.)*

PITÍN. Quita, hombre, ¿qué hacemos con dos cincuenta?

PATO. *(Agarrándolo al vuelo.)* Dame. *(Toma las monedas y cuenta todo el dinero. El*

ÑATO *se aparta, ofendido.)* Veinticinco duros y medio. ¿Tú, Mingo?

MINGO. Espera, que voy a buscar a casa... *(Se aleja por la derecha.)*

ÑATO. Espera, Mingo. *(Lo alcanza; su rostro está dolorido. Se van los dos.)*

PITÍN. Es roñoso este Ñato, ¿eh?

TESO. Ahora que no está no hables mal de él, hombre.

PITÍN. Bueno... Pero es un roñoso.

(PATO saca dinero de su bolsillo.)

TESO. *(Curioso.)* ¿Cuánto pones, Pato?

PATO. *(Sin darle importancia.)* Diez.

TESO. ¿Cuánto hay ahora?

PATO. Treinta y cinco y medio.

TESO. *(Pensando.)* Va a ser difícil, ¿eh?

RONCO. Ahora viene el Tilo, él también pondrá.

PATO. *(Pensativo.)* Sí, bueno, pero por más que ponga...

TESO. *(Decidido.)* Espera. Voy a ver si consigo algo.

PATO. *(Como impidiéndole.)* ¿Adónde vas a buscar?

TESO. Tú espera. Ahora vengo. *(Se va.)*

PITÍN. ¿Viste a Teso? Este no es como el Ñato. *(Se sientan en la puerta, PATO en medio de RONCO y PITÍN. Pausa. RONCO saca un cigarrillo.)* ¿Me das un pito, Ronco? *(RONCO le da un cigarrillo.)*

PATO. *(El cigarrillo pasa delante de él.)* ¡Ya vais a fumar! ¿No sabéis que hoy tenéis partido? Yo no sé...

PITÍN. ¡Qué chillas, tú! Si yo ya no fumo...

PATO. ¡Ah, no! ¿Y eso qué es?

PITÍN. ¡Bueno! ¿A un cigarrillo le llamas fumar?

RONCO. Si uno fuma poco no pasa nada, Pato...

PATO. Vosotros fumad, fumad...

(Pausa. Encienden olímpicamente los cigarrillos. PITÍN se recuesta contra la puerta como un verdadero burgués. Es magníficamente feliz.)

PITÍN. *(Después de la primera chupada, sin abandonar la postura.)* Oye, ¿qué mataquintos fumas? *(Mira la marca del cigarrillo.)*

RONCO. ¡Ya los quisieras tú siempre!

(PITÍN hace un gesto como diciendo «qué porquería» pero sigue fumando olímpicamente. Echa el humo con verdadera fruición.)

PATO. Dale un Chésterfiel... ¿No ves que es muy delicado?

(Nueva pausa.)

PITÍN. *(Como despertando de su letargo.)* ¿Viste la boquilla que se compró Cañita?

PATO. Ese es otro. Se compra una boquilla de seis⁵⁸ duros y después fuma de gorra...⁵⁹

RONCO. ¿Qué le pasa hoy que no viene?

PITÍN. Está haciendo horas extraordinarias.

RONCO. ¡Cómo le sacan el jugo!

PATO. *(Con incredulidad.)* Quiere llegar a millonario...

PITÍN. *(Siempre deleitándose con el cigarrillo.)* Está loco...

PATO. Díselo y verás lo que te dice.

PITÍN. Ese tiene cada manía...

PATO. ¿Sabes que no gasta ni un cuarto? *(A RONCO.)* Dice que va a juntar unos duros y después va a comprar y a vender.

RONCO. ¿A comprar y a vender qué?

PATO. ¡Qué sé yo! Pregúntale a él.

PITÍN. *(Fumando opíparamente.)* ¡Alcachofas!

RONCO. Tú ríete, pero el otro día leí en el periódico que había muerto un norteamericano que no sé cómo se llamaba, que había empezado vendiendo periódicos y ahora tiene más guita que qué sé yo...

PITÍN. ¡Y qué! ¿Vendiendo periódicos hizo la gaita?

RONCO. ¡No!⁶⁰ Pero el tipo juntó unos duros y después empezó a comprar y a vender.

PATO. ¿A comprar y a vender qué?

⁵⁸ A: tres

⁵⁹ En G: *Se compra una boquilla de tres mangos y después fuma marca pechazo*, frase que adapta Buero del modo siguiente: *Fuma flor de andamio*. A Gorostiza no le convence el cambio, pues *pechazo* quiere decir 'sablazo'; es decir, *fuma de gorra*, y así lo sobreescribe Buero en B.

⁶⁰ A: *¡Pues, no!*

RONCO. No sé, no me acuerdo, pero lo que sí sé es que el tipo tenía billetes del año que le pidas.

PITÍN. Pero mira, Ronco... (*Se echa hacia adelante.*) Si tú compras una cosa y después la vendes, ganarás algo, pero no te harás millonario. Si no, ahí tienes al padre del Ñato. ¿Es millonario acaso?

RONCO. Porque ganará poco...

PATO. El Ñato me dijo que el treinta por ciento.

RONCO. Bueno, y qué. Así no se hará millonario.

PITÍN. ¿Y qué quieres? ¿Qué gane más?

RONCO. Claro.

PITÍN. ¡Pero eso es robar! (*Se echa hacia atrás otra vez.*) Eso no es comprar y vender... (*Fuma otra vez.*) ¡Qué listo! ¡Así cualquiera se hace rico!

RONCO. ¿Y por qué no te haces rico tú?

PITÍN. Yo estoy bien así. Yo no tengo pajaritos en la chola.

RONCO. ¿Te figuras a Pitín con billetes, Pato?

PITÍN. (*Le gustó.*) ¡Idiota!...

PATO. ¡Cualquiera le aguantaba, entonces!

RONCO. ¿Qué harías si tuvieras billetes, Pitín?

PATO. Di, Pitín... ¿Nunca lo has pensado?

PITÍN. (*Los mira y se decide tímidamente.*) Claro que lo he pensado.

PATO. (*A RONCO.*) ¿Qué te parece?

PITÍN. ¿Y quién no lo piensa?

RONCO. Di, Pitín, ¿qué harías?

PITÍN. (*Se decide.*) Mira, ¿quieres que te diga la verdad? ¿Sabes lo que haría? Agarraba una parte –sacaba la cuenta, ¿comprendes?– y la ponía en el Banco. Para que me durara más o menos hasta los ochenta años.

PATO. (*Con un poco de sorna.*) ¿Piensas vivir tanto?

PITÍN. Bueno... por si las moscas.

RONCO. ¿Y qué más?

PITÍN. Bueno, agarraba una parte y la ponía en el Banco. Después me compraba una casita... Para los viejos, ¿sabes? Después aprendía a conducir, me compraba uno de esos bajitos, colorados, sin capota, ¡y una noche nos íbamos todos de juerga!

RONCO. (*Entusiasmado.*) ¿Y qué más?

PITÍN. Después fundaba un club hasta allí.

PATO. ¡Qué ibas a fundar! Si tú tienes parné, lo liquidas.

PITÍN. ¡Que te lo has creído! Eso sí, un gusto me lo iba a dar.

RONCO. ¿Qué gusto?

PITÍN. Mira, me paraba en una esquina y empezaba a tirar billetes al aire. ¿Tú sabes los tíos cómo se iban a matar?

RONCO. Si haces eso te meten en chirona.

PITÍN. Si tienes guita no te meten en nada.

PATO. ¡Ahí le has dado!

(La puerta de la casa en donde están sentados, se abre. Aparece RODOLFO, con un gesto de superioridad y de desprecio. Sin hablar, los tres muchachos se levantan, lentamente, mirando hacia atrás; se alejan un poco mientras el otro cierra la puerta y sale en dirección a la izquierda. Las miradas son elocuentísimas.)

PATO. ¡Este no compra ni vende!, ¿ves? y, sin embargo, ¡tiene guita!

PITÍN. ¿Lo has visto conducir alguna vez?

PATO. Sí.

PITÍN. ¿Te has dado cuenta? Parece que se quiere llevar el mundo por delante.

PATO. Le tengo una tirria...

RONCO. ¿Te ha hecho algo?

PATO. Nada...

RONCO. ¿Y entonces? ¿Por qué le tienes tirria?

PATO. ¿No has visto la cara que tiene?

RONCO. ¿Y por eso le tienes que tener tirria?

PITÍN. ¿No ves que es un mequetrefe?

RONCO. Bueno... Pero puede ser un buen chico.

PATO. ¡Qué va a ser, qué va a ser! *(Pequeña pausa. Ya están en el balcón izquierdo.)*

PITÍN. ¿Te imaginas cómo sería Cañita si pudiera chuparse la vida que se chupa este?

PATO. ¡No había quien le tosiese!

RONCO. Después de todo la única diferencia es que el tipo ese tiene cuartos, y nada más.

PATO. ¿Y te parece poco?

PITÍN. No, pero Cañita no iba a ser como ese... ¿estás loco?

PATO. ¡Ah, claro, Cañita es diferente! *(Llega TILO, serio, rápido.)*

TILO. ¿No ha venido Andresito?

PATO. Parece que no.

PITÍN. La vieja está aquí.

TILO. ¿En dónde?

PITÍN. *(Señalando.)* En casa del ingeniero.

TILO. ¿Vino?

PATO. ¿Quién?

TILO. El ingeniero.

PATO. No, si no estaba ya, no ha venido.

TILO. *(Recostándose.)* ¿A qué ha venido la madre?

RONCO. Supongo que a preguntar.

TILO. Claro. *(Se encuentra molesto. Quiere decir algo y no se atreve.)*

PITÍN. ¿Adónde has ido, Tilo?

TILO. A casa...

PITÍN. *(Curioso.)* ¿A qué?

TILO. *(Se decide al fin. A todos.)* Veréis... Ya sabéis que la madre de Andresito necesita cien duros, ¿no?

PITÍN. ¡Claro! Díselo, Pato.

TILO. ¿Quieres dejarme hablar?

PITÍN. Bueno, hombre, habla. Yo solo te iba a contar...

TILO. *(Sin hacer caso.)* Bueno, yo pensaba conseguirlos. A mi viejo no le puedo pedir, pero en casa estaba mi tío. Y a lo mejor me los daba si le explicaba. Pero cuando llegué mi tío ya se había ido.

PATO. Ya.

TILO. *(Se decide.)* Bueno, vosotros diréis lo que os dé la gana, pero yo he pensado que a lo mejor podíamos juntarlos entre nosotros...

PATO. *(Saca el dinero del bolsillo; sonríe abiertamente.)* Toma, estúpido. *(TILO se sorprende pero no quiere comprender.)*

TILO. *(Sólo mirando.)* ¿Qué es?

PITÍN. ¿No te barruntas que ya estamos juntando?

(TILO mira el dinero y luego el rostro de los muchachos. No sabe qué decir. Esto le gusta enormemente.)

PATO. Toma.

TILO. *(Su enorme alegría es sorda. La voz casi le tiembla.)* No, tenlo tú. *(Pausa.)* ¿Cuánto hay?

PATO. Treinta y cinco y medio.

RONCO. Los otros han ido a buscar.

TILO. *(Le da un rollito.)* Toma lo mío.

PATO. ¿Cuánto es?

TILO. Doce.

RONCO. A que te quedaste sin nada.

TILO. No importa.

PITÍN. ¿Y con qué vas a pagar la cancha de esta tarde?

TILO. Ya veremos.

PITÍN. *(Riendo.)* ¿Te acuerdas cuando compramos las camisetas, qué lío para juntar los cuartos?

TILO. ¿No ha pasado Angelita?

PATO. Todavía no.

RONCO. Venid, vamos a sentarnos. *(Comienza a acercarse a la puerta.)*

PITÍN. ¡Déjalo! *(Eleva su protesta.)* ¡No ves que siempre están entrando y saliendo, y no le dejan tranquilo a uno!

PATO. Tarda la vieja, ¿eh?

(Se sientan, a pesar de PITÍN.)

RONCO. Sí.

PITÍN. ¡Pobre señora! ¡Está más asustada!

PATO. ¡Y tú antes la asustaste más todavía!

PITÍN. ¡Yo qué la voy a asustar!

TILO. *(Con rabia.)* ¡Total, un susto más!

RONCO. ¿Por qué dices eso?

TILO. ¿Tu vieja nunca se asustó?

RONCO. ¡Qué sé yo! ¡Supongo que sí!

TILO. Pregúntale. Te contará lo que la mía me contó el otro día, del tiempo en que mi viejo se quedó sin trabajo. Todas tienen que pasar por lo mismo.

RONCO. ¿Y qué se le va a hacer? Uno nace pobre.

TILO. ¿Cuándo naciste te avisaron que ibas a ser pobre?

PITÍN. ¡Qué le van a avisar, si le vieron la cara y se asustaron! ¡No eres feo ni nada, Ronco!

PATO. ¿No podéis hablar un poco en serio?

PITÍN. ¡Caray! ¡Tú siempre protestando!

PATO. Cuando se habla en serio, se habla en serio.

PITÍN. Ahí viene, ahí viene...

(Aparece RODOLFO por la calle. Los muchachos se levantan muy lentamente. TILO queda el último. RODOLFO sube al umbral y mira fijamente a TILO, quien lo desafía con la mirada.)

RODOLFO. Por favor, quieren correrse un poco más allá y no sentarse en la puerta...

(TILO permanece de frente, mirándolo fijo y con profundidad, sin decir nada. RODOLFO opta por entrar a la casa.)

PATO. Un día le voy a dar una torta que vais a ver...

PITÍN. ¡No te dije que ahí no te dejan tranquilo!

PATO. Venid, vamos enfrente.

(Inicia la marcha hacia la esquina izquierda.)

PITÍN. ¿A donde el gallego va a ir?

PATO. *(Vuelve.)* ¡Al final no se puede estar en ninguna parte!

RONCO. Venid, vamos a la otra esquina.

(Desaparecen en dirección a la otra esquina. TILO queda rezagado porque ha visto que llega ANGELITA. Los muchachos doblan la cabeza hacia atrás antes de desaparecer y ven el encuentro. Por la izquierda aparece el PANADERO, con una canasta bajo el brazo. Frente al balcón derecho, TILO llama por pri-

mera vez a ANGELITA, y el PANADERO está ya frente a la puerta de la casa, llamando.)

TILO. Angelita... (ANGELITA hace como que no lo ve y sigue su marcha. TILO la sigue y cuando pasan frente a la puerta, el PANADERO llama con el aldabón y al mismo tiempo vuelve la cabeza para ver la escena.) Angelita... (Vuelve a decir TILO frente a la puerta.) Angelita... (Ya están frente al balcón izquierdo.)

ANGELITA. (Deteniéndose al fin.) ¿Qué quieres?

(Se abre la puerta y el PANADERO olvida la escena.)

PANADERO. ¡Buenos días!

TILO. (A ANGELITA.) ¡No debes enfadarte!

VOZ DE ELENA. ¡Ah, pase! ¡Venga, déjelo aquí!

(El PANADERO entra y la puerta se cierra tras de él.)

ANGELITA. Ah, ¿te parece que no?

TILO. Mira, yo no sabía lo que te pasaba. Pero de cualquier manera no tengo la culpa. Tú estás así, con esa cara, y a mí me parece que es por mí.

ANGELITA. Y es por ti.

TILO. No, yo sé que no es por mí.

ANGELITA. ¿Qué has estado averiguando?

TILO. Nada.

ANGELITA. Alguien te contó algo...

TILO. (Hosco.) ¿Es que yo no podía saberlo?

ANGELITA. ¿Quién fue? (Pausa.) ¡A que mamá te ha pedido algo!

TILO. Tu madre no me ha pedido nada.

ANGELITA. ¡Ya sabía yo!

TILO. ¿Y si me hubiera pedido, qué?

ANGELITA. ¡Claro! ¡Humillarme otra vez, qué importa!

TILO. ¿Crees que conmigo te vas a humillar por eso?

ANGELITA. ¡Contigo y con cualquiera! Y no me lo niegues porque me acaba de ocurrir. Muchas sonrisas, mucha amabilidad; pero en cuanto logré soltarles lo del dinero, empezaron a hablar de otra cosa, como si no entendieran. Y después te miran como si fueras una cualquiera... ¿Te crees que eso se puede aguantar?

TILO. Pero conmigo es distinto...

ANGELITA. Sí, es distinto. Pero me rebajo y humillo lo mismo.

TILO. Escúchame, Angelita, quiero que lo comprendas. Entre nosotros es diferente. Nosotros tenemos que ayudarnos. Entre nosotros nadie se rebaja ni nadie se humilla. Si no fuera así no podríamos vivir. (Corta pausa.) Ir a pedirle[s] a ellos sí es humillarse.

ANGELITA. ¿Y por qué tenemos que pedir?

TILO. Entre nosotros eso no es pedir. Uno sabe lo que es eso y no espera que se lo pidan. Aunque tenga poco.

ANGELITA. ¿Y por qué tenemos poco?

TILO. (*Mirando hacia abajo, sordamente.*) Eso es otra cosa...

ANGELITA. Y además, ¿quién va a dar antes de que se lo pidan? ¿Eh? ¡Nadie! ¡Eso, nadie!

TILO. (*Suavemente.*) Estás equivocada.

ANGELITA. (*Lo mira, no entiende.*) ¿Cómo?

TILO. Estás equivocada.

ANGELITA. (*Lo escudriña.*) ¿Por qué?

TILO. Los muchachos empezaron a juntar sin que nadie les dijera una palabra.

ANGELITA. (*Comprende todo. Su voz ahora es dulce.*) ¿Quiénes?

TILO. (*Señala hacia la otra esquina.*) Los muchachos... todos...

ANGELITA. (*Algo perdida.*) Les habrás dicho tú.

TILO. Yo no les dije nada. Les dije que tu madre necesitaba cien duros, eso sí.

ANGELITA. Claro... (*Pausa.*) ¿Y por qué se pusieron a juntar?

TILO. Ahí está, ¿ves? Por qué. (*La mira fijamente.*) ¿No te das cuenta que eso es lo menos que podemos hacer?

(Finísimas ondas se cruzan entre los dos muchachos. Apenas se atreven a mirarse. De la casa sale entonces el PANADERO, y vuelve por la izquierda. Cuando pasa frente a ellos los mira sin cuidado y luego vuelve la cabeza hasta que desaparece.)

ANGELITA. (*Cariñosamente.*) Tilo...

TILO. ¿Qué?

ANGELITA. ¿Y ellos tienen dinero?

TILO. Pues... un poco cada uno...

ANGELITA. ¿Pero no les hace falta?

TILO. ¿Y a quién no le hace falta?

ANGELITA. Bueno, pero no es cuestión de que ellos se queden...

TILO. (*Interrumpiendo.*) Ahora hay alguien a quien le hace más falta que a nadie, ¿no?

ANGELITA. Sí...

TILO. ¿Entonces? (*Pausa. ANGELITA va comprendiendo más y más.*)

ANGELITA. ¿Me perdonas todo lo que te he dicho?

TILO. (*Refunfuñando.*) También tú tienes razón. Uno no tendría que pasar por esto.

ANGELITA. (*Cariñosamente, lo toma del brazo y se recuesta sobre su hombro, como hacen las novias de los barrios.*) ¿Me acompañas? Vamos a ver si ha venido Andresito...

TILO. (*Señalando la casa.*) Tu madre está ahí.

ANGELITITA. *(Se para, pero no bruscamemente.)* ¿Vino a preguntar?

TILO. No sé. Supongo que sí.

ANGELITITA. ¿Sabe que estás juntando?

TILO. No. Creo que no.

ANGELITITA. ¡Se va a poner más contenta!

TILO. Bueno, anda a ver si vino Andresito.

ANGELITITA. ¿No me acompañas?

TILO. No. Ve a ver si vino y vuelve. Yo me quedo a esperar a tu madre.

ANGELITITA. *(Se va a ir.)* Bueno...

TILO. Si ves a Andresito, no le digas nada, ¿eh?

ANGELITITA. ¿De qué?

TILO. De esto... Del dinero...

ANGELITITA. ¿Y por qué no?

TILO. No tiene necesidad de saberlo... ¿Para qué lo va a saber?

ANGELITITA. ¿Y lo que me dijiste antes?

TILO. Si uno tiene necesidad de saberlo, está bien, no hay que avergonzarse. Pero si no lo tiene que saber...

(ANGELITITA mira hacia atrás, luego hacia más allá, y como nadie está mirando le escurre un beso en la mejilla. Luego se escapa, dejando a TILO un tanto sorprendido y lleno de amor. TILO vuelve lentamente, con sus pensamientos, y cuando llega más allá de la esquina, se encuentra con MINGO, que llega por la calle derecha.)

MINGO. ¿Todavía no vino, Tilo?

TILO. Parece que no.

MINGO. ¡Qué cosa!

TILO. ¿Sabes que estamos juntando, no?

MINGO. Sí. He traído diez machacantes.

TILO. Cincuenta y siete y medio.

MINGO. ¿Cómo?

TILO. Con esos tenemos cincuenta y siete duros y medio.

(Los muchachos que estaban enfrente vuelven despacio. PATO, cajero absoluto, viene adelante.)

MINGO. Apenas la mitad.

TILO. Apenas la mitad.

PATO. *(Ya llegó.)* ¿Trajiste, Mingo?

MINGO. Sí, nada más que diez.

PATO. Dame.

RONCO. ¿Ahora quién falta, tú?

PATO. Pues... falta el Ñato...

PITÍN. *(Despectivo.)* ¡Bueno!

TILO. ¿No ha puesto?

PATO. Dice que no tiene...

TILO. (*Sordo.*) No tiene...

RONCO. Y el viejo es dueño de una tienda.

TILO. (*Concentrado.*) Por eso no pone.

PATO. ¿Eso qué tiene que ver?

TILO. Tiene mucho que ver.

PITÍN. Bueno, no te lo tomes así. Si el Ñato es un tacaño, ¿qué le vas a hacer?

TILO. ¿Y Teso?

PATO. Teso no trabaja. Pusó dos cincuenta.

PITÍN. Pero dijo que iba a buscar más...

RONCO. ¿De dónde lo va a sacar?

PATO. ¡Claro!

(Se sientan nuevamente en la puerta.)

PITÍN. Quién sabe...

TILO. La cuestión es que falta casi la mitad.

(Pausa profunda, pero no muy larga.)

PITÍN. (*Contando.*) Cincuenta y siete y medio... sesenta y siete y medio... setenta y siete y medio...

MINGO. Faltan cuarenta y dos y medio.

PITÍN. ¡Oye, qué rápido eres!

MINGO. De cuando estaba en la feria, ¿sabes?

(Pausa profunda.)

TILO. Cuarenta y dos y medio... *(Pausa.)*

PATO. ¿De dónde los podíamos sacar? *(Pausa.)*

PITÍN. Como no atraquemos a alguien... *(Pausa.)*

RONCO. Oye, ¿y Cañita? *(Pausa.)*

PATO. ¿Adónde lo buscas ahora? *(Pausa.)*

MINGO. Se necesita antes de las doce... *(Pausa.)*

TILO. (*Pensativo.*) De alguna manera tenemos que conseguirlo. *(Pausa.)*

(Por la derecha, a paso rápido, aparece TESO. Llega contento.)

PATO. Se dice pronto. ¿Pero cómo?

TESO. (*Ya llegó.*) Toma. (*Le da a PATO varios billetes.*)

PATO. (*Cuenta.*) ¿Siete duros?

PITÍN. (*Abrazándolo por detrás.*) ¡Teso! ¿A quién robaste?

TESO. ¿Que a quién robé?⁶¹

PITÍN. ¿Vendiste la dentadura?

⁶¹ A: ¿Que a quién robé, eh?

TESO. ¡Deja! ¡Déjame, te digo!

PITÍN. (*Le quiere abrir la boca, se pelean en broma, etc.*) ¿A ver? ¡Enseña, enseña!

TILO. ¿Cuántos hay ahora?

MINGO. (*Rápido.*) Sesenta y cuatro y medio. Faltan treinta y cinco y medio.

PATO. Ya falta menos, ¿ves?

PITÍN. Cuenta, Teso. ¿De dónde los sacaste?

TESO. ¿Cómo que de dónde los saqué? Le conté a la vieja lo que pasaba y ella me los dio.

(*Sus palabras producen un corto silencio en los muchachos. Se miran entre ellos.*)

PITÍN. (*Rompiendo la situación.*) ¿Y te creyó, Teso?

TESO. Mira, yo no daré golpe, pero en mi casa cuando pido es para algo serio. Para otras cosas me las busco por ahí, como puedo.

RONCO. ¿Y por qué no trabajas, Teso?

TESO. Yo quiero trabajar. Pero cuando trabajo seguido tengo menos cuartos que ahora. Además te da rabia saber que siempre vas a estar en la construcción y nunca vas a salir de ahí.

PATO. ¿Y por qué no fuiste a estudiar a la escuela nocturna?

PITÍN. ¡Si ahí no se aprende nada!

TESO. Después que vienes roto del trabajo, ¿vas a ir allí?

RONCO. Hombre, hay que sacrificarse...

TESO. ¿Por qué hay que sacrificarse? ¡Estás loco! ¡Espera que yo me arregle, y verás!

PATO. ¿Qué? ¿Te prometieron un puesto?

TESO. Todavía no, no quiero mentir. Pero me lo van a prometer...

PATO. Sí. Tú sigue esperando.

TILO. Y después que te lo prometan... ¿cuánto vas a tener que esperar?

TESO. No sé. ¡Pero salir, saldrá!

PATO. ¿Todavía tienes esperanzas?

TILO. (*Serio.*) Si no fuera por la esperanza.

TESO. ¡Y qué vas a hacer! Si no tienes nada, hay que esperar.

TILO. Claro. Esperar.

PITÍN. ¿Y mientras por qué no trabajas, Teso?

TESO. ¿Estás loco? ¡Si saben que trabajo no me consiguen nada! Además, algunas chapucillas ya hago...

RONCO. ¿Quieres venir a arreglar la azotea de mi casa?

TESO. ¿Qué tiene?

RONCO. Goteras.

TESO. (*Dudando.*) ¿Son grandes?

RONCO. No sé. Adentro siempre llueve.

TESO. Porque a lo mejor no se puede arreglar, ¿eh?

RONCO. Pues... si no se puede no se puede.

PITÍN. ¿Ya te estás rajando, Teso?

TESO. ¡Qué me voy a rajar! (A RONCO.) Cuando quieras que vaya me avisas.

RONCO. ¿Cuánto me cobras?

TESO. Nada. Eso sí; tú me das el material.

RONCO. No, si vienes me cobras, si no, no.

TESO. Bueno, de eso ya hablaremos...

PITÍN. ¿Pero tú sabes hacer eso?

TESO. (Con suficiencia.) ¡Pero, qué dices!

MINGO. ¡No, eso sí! Teso trabaja bien. (A TESO.) ¿Te acuerdas cuando levantas la pared en casa?

TESO. (Entusiasmado.) ¿Te acuerdas, Mingo? ¿Viste qué fenómena que quedó? Estaba al pelo, ¿eh?

TILO. (Que lo mira detenidamente.) ¿No decías que no te gusta el oficio?

TESO. No, a mí el oficio me gusta. ¡Yo me pongo a trabajar y me olvido de todo! ¡Pero después, no eres más que un albañil!

RONCO. ¿Y eso qué tiene que ver?

TESO. (Dispuesto a discutir.) ¿Cómo que qué tiene que ver?

PATO. Bueno, a callar, que hay que conseguir los cuartos.

PITÍN. Ahí le has dado. ¿Cuánto faltaba, Mingo?

MINGO. Con lo que traje Teso, ahora faltan treinta y cinco y medio.

(El ÑATO aparece por la derecha, con cara especial.)

PITÍN. ¡Treinta y cinco y medio!

(Llega el ÑATO. Secamente le da dinero a PATO.)

ÑATO. Toma. (Va a un rincón.)

PATO. (Cuenta.) Veinticinco.

PITÍN. (Lo agarra.) ¡Ay, Ñato, te has descolgado!

ÑATO. ¡Déjame en paz!

PITÍN. Si hubieses dicho que ibas a buscar...

ÑATO. Eso es para que sepan que yo no me llamo veinticinco duros.

TESO. ¡Así me gusta, Ñato! (Lo agarra él también.)

ÑATO. ¡Tú, déjame también!

PATO. ¡Eh, tú, Ñato, a ver si te crees que porque hayas traído eso, puedes avasallar!

TILO. ¿Cuántos faltan ahora? Diez y medio, ¿no?

MINGO. Sí.

PATO. ¿De dónde los sacamos?

RONCO. Espera. Voy a ver a mi tía. A lo mejor consigo algo.

PATO. No hay tiempo...

RONCO. ¡Si es en la otra manzana! (*Yéndose.*) ¡Espera, enseguida vengo!

MINGO. (*Contento.*) Ya falta poco, ¿eh?

PITÍN. Oye: la vieja no sale.

TESO. ¿Todavía no ha salido?

PATO. No.

TESO. Sí que es raro.

TILO. Estarán llamando por teléfono.

PITÍN. ¡Claro! (*Pausa.*)⁶² Yo siempre me pregunto cómo no se caen los puentes. Porque son así, ¿no? (*Estira las manos y junta las puntas de los dedos.*) Pero aquí en el medio no los sostiene nada... (*Señala con una mano la punta de los dedos de la otra.*)

TESO. En algunos, sí. Hay columnas.

PITÍN. Sí, en algunos. Pero en muchos, no.

MINGO. Todo está estudiado.

PITÍN. ¡Claro que está estudiado! ¡Qué listo! (*Siguiendo.*) Pero cómo se sostienen, ¿eh? Si tú no lo hubieras visto, ¿hubieras dicho que eso podía ser?

PATO. Bueno. ¡La verdad es que hay cada puente, fenómeno!

PITÍN. ¿Quién los habrá inventado?

TILO. Esas cosas no se inventan. Hay necesidad de hacerlas y se hacen.

PITÍN. ¿Quién habrá sido el primero que hizo un puente?

MINGO. (*Sonriendo.*) Habrá sido el hombre de las cavernas. Tiró una tabla e hizo un puente chiquito...

ÑATO. (*Que reaparece.*) Entonces no había tablas, bruto. En todo caso habrá sido un árbol.

TESO. ¿Te has despertado, Ñato?

ÑATO. Tú no incordies.

MINGO. ¡Bueno! ¿Y en resumidas cuentas no es lo mismo?

PITÍN. Hay que ver, ¿eh? Después de todo no es nada del otro mundo. Pero mira que si no estuvieran los puentes...

MINGO. Pues... todo el mundo estaría separado.

TILO. ¿Y ahora está junto?

MINGO. Hombre, te diré... (*No sabe qué decir.*)

PITÍN. ¿Y la radio, qué? ¿La otra vez no escuchamos la pelea de Nueva York?

TILO. ¿Y eso qué tiene que ver?

TESO. ¿Y el teléfono?

PITÍN. ¿Eso tampoco tiene que ver? ¿Si quieres hablar con la China no puedes hablar?

⁶² Desde aquí hasta el final de la escena está tachado con lápiz rojo por el propio Buero con vistas a la representación. Lo mismo ocurre en otra escena posterior. En ambos casos, sin embargo, mantenemos la versión completa.

TILO. Hablar, sí.

PITÍN. ¿Y entonces?

PATO. ¡Cállate, idiota! ¿No ves que tú no lo comprendes? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que el Tilo es más inteligente que tú?

PITÍN. Mira, me tienes ya hasta la nariz. ¿Me vas a decir que tú lo comprendes?

(Aparece por la derecha el PADRE. Llega abatido. Ya no es el hombre que se vio en el interior de la casa durante el acto anterior. Camina lentamente, bajo el peso enorme de algo así como una desgracia. Cuando llega frente a la puerta, los muchachos se abren en abanico y luego se corren hacia el balcón derecho para darle paso. TILO, como siempre, queda el último. El PADRE, antes de entrar, mira a los muchachos y se dirige, con voz muy suave y muy triste, más cansada que nunca, a TILO.)

PADRE. *(Le hace una pequeña seña, pues TILO miraba desafiante.)* Venga...

TILO. *(Se acerca desconfiado.)* ¿Qué?

PADRE. Esto... dígame... ustedes son amigos de... *(Señala hacia la izquierda.)* ...este muchacho de aquí, de la mitad de la manzana... ¿no es cierto?

TILO. *(Un poco alarmado.)* ¿De Andresito?

PADRE. Andrés, sí. Andrés se llama.

TILO. ¡Claro que somos amigos! ¿Por qué?

PADRE. Dígame... ¿con quién más vive, además de la madre? ¿Tiene padre?

TILO. No, vive con la madre y la hermana.

PADRE. Ah... *(Queda pensando.)* Bueno, gracias, ¿eh?

TILO. *(Reacciona.)* Pero, ¿por qué me lo pregunta?

PADRE. *(Que ya dio media vuelta y tiene la mano en el picaporte.)* Por nada, por nada...

(El PADRE se va. TILO queda unos segundos frente a la puerta cerrada y luego vuelve al balcón derecho, donde están los muchachos. Sólo PITÍN estaba espiando –no oyendo– la conversación. Ahora está más cerca que ninguno.)

PITÍN. ¿Qué te ha dicho, Tilo?

TILO. *(Lo mira.)* Me preguntó por Andresito.

MINGO. ¿Qué te preguntó?

TILO. *(Para sí mismo.)* Con quién vivía.

PITÍN. ¿Por qué te preguntó eso?

TESO. ¿Y tú qué le has dicho, Tilo?

PATO. ¡A ver si le dejáis hablar!

TILO. *(Después de un corto silencio, cargado de electricidad.)* Me ha preguntado con quién vivía y yo le he dicho: con la madre y la hermana. Nada más.

(Gran silencio de todos.)

PATO. *(Casi con un poco de terror.)* ¿Le habrá pasado algo de veras?

(Nuevo gran silencio de todos.)

MINGO. A lo mejor es para avisarles de que hoy no va a venir...

ÑATO. ¿Y tú no le has preguntado nada, Tilo?

TILO. Sí, pero no ha dicho nada. Qué sé yo. Me pilló de sorpresa.

TESO. Claro... Debe ser para avisarles...

MINGO. *(Sin mucha seguridad.)* Claro...

TILO. Yo me voy a la vuelta, a ver si sale la vieja.

(Inicia el paso hacia el otro balcón lentamente, seguido por todos los muchachos. Cada uno, cuando pasa frente a la puerta, la mira como si esperase que se abriese en ese momento. TESO, el último, mira también hacia arriba, hacia el cielo.)

TESO. ¿Has visto cómo aclaró, Mingo?

(Nadie le contesta. Se apoyan en el balcón.)

PITÍN. *(Venía pensando en la posibilidad de algo triste.)* ¡No, caray! ¡Qué le va a pasar! ¿Por qué hay que pensar lo peor?

(Llega RONCO, a paso rápido.)

TESO. *(Al verlo.)* ¿Conseguiste algo, Ronco?

RONCO. ...lo que faltaba...

PATO. *(Toma el dinero. Cuenta.)* Faltaban diez y medio. Toma. *(A RONCO.)* Sobran dos cincuenta.

RONCO. Dáselas a este, que las puso. *(Señala a TESO.)*

TESO. *(Haciéndose el actor.)* Vaya, ¿ahora me lo despreciáis?

RONCO. Bueno, dámelas a mí.

TESO. ¡Vamos, vete de ahí! *(Se coloca en medio de los dos y toma el dinero, que guarda.)*

PATO. ¿Y ahora, Tilo, a quién se lo damos? ¿Esperamos a la vieja?

TILO. *(Que continúa con la misma preocupación.)* No, mejor a Angelita. Quedó en venir en seguida.

PATO. Bueno. Toma.

TILO. *(Toma el dinero y después mira a todos.)* ¡Mi palabra que se os devolverá todo!

PATO. ¿Y quién habla de eso ahora?

TESO. Ya conocemos a Andresito.

ÑATO. Él lo dice para aclarar.

PITÍN. ¡Qué! ¿Ya estás tú esperando que te lo devuelvan?

ÑATO. *(Amenazador.)* ¡Mira, no cargues más!

RONCO. *(A TILO.)* Tú le dices que no se preocupe y que no se apure. Que cuando tenga que los devuelva.

PATO. Claro. ¡No va a salir de una para entrar en otra!

TESO. Claro...

(La pandilla se desparrama contra la pared y queda TILO mirándolos, con el dinero en la mano. De pronto, aparece ANGELITA por la calle de la izquierda.)

TESO. Tilo, te buscan...

(TILO se une a ANGELITA y van hacia el otro balcón, porque así lo quiere ANGELITA que sigue caminando. No quiere recibir el dinero frente a los muchachos. Estos van lentamente hasta la puerta y allí se sientan algunos.)

TILO. *(Caminando.)* ¿No vino?

ANGELITA. *(Igual.)* No.

TILO. Ah, ¿no?

(Se detienen frente al balcón derecho.)

ANGELITA. ¿Y mamá? ¿No salió todavía?

TILO. No.

ANGELITA. ¿Qué estará haciendo?

TILO. Estarán llamando... *(Pausa.)* Toma el dinero. *(ANGELITA lo mira, duda.)*

¡Toma! *(ANGELITA lo toma tímidamente. Los muchachos miran desde la puerta.)* Son cien justos.

ANGELITA. *(Muy dulce.)* ¿Les costó mucho?

TILO. *(Disimulando.)* No.

ANGELITA. ¿Quieres darles después las gracias... de parte de mamá?

TILO. Qué gracias. Nosotros no tenemos que darnos las gracias. Sería el cuento de nunca acabar.

ANGELITA. Bueno, pero diles algo...

TILO. Ellos se hacen cargo sin que se les diga nada. No hay necesidad de hablarles.

ANGELITA. *(Después de una pequeña pausa.)* Escúchame, Tilo. *(Como pidiendo perdón.)* Desde hoy en adelante los voy a saludar...

(En mitad de la frase de ANGELITA comienza a oírse suavemente el ulular de una sirena de ambulancia. Se hace un poco más fuerte pero siempre es algo lejano, aunque no mucho. Por curiosidad, algunos muchachos, con su característica pachorra, se corren hasta el borde de la acera y desde allí miran hacia donde viene el ruido de la sirena. PITÍN es el primero.)

PITÍN. *(El sonido cesó. Habla casi sin aliento, trágicamente.)* ¡Muchachos; ha parado en casa de Andresito!

(Primero PITÍN, y detrás de PITÍN todos, corren por la calle de la izquierda, en dirección a la casa de ANDRESITO. TILO y ANGELITA habían quedado paralizados por el grito de PITÍN. Desde el balcón derecho no se ve la calle iz-

quierda. Al fin TILO también echa a correr. ANGELITA hace lo mismo, detrás de TILO, pero cuando ve la ambulancia, estando ya frente a la puerta de la casa, se queda rígida. El terror la domina. Su rostro expresa la angustia que la paraliza. TILO, que había llegado hasta el extremo del balcón izquierdo, también se detiene para esperar a ANGELITA. Ve la inmovilidad de la muchacha, y ve también su puño apretado, por donde aparece el dinero juntado por los muchachos, que se adelanta a su figura, como queriendo que este llegue antes que su cuerpo. Los dos están inmóviles cuando comienzan a sonar las campanas de la Iglesia. El ritmo de esta vez es todavía más lento que en el comienzo, y lleva consigo una tétrica majestuosidad. Es esto lo que oculta el telón cuando desciende. Las campanas continúan su redoble, aún después de caer el

TELÓN

CAMBIO DE MOVIMIENTO

El telón ha caído sobre el primer movimiento del segundo acto. Las campanas mantienen su monótono acorde. Adentro, tras las cortinas, la calle desaparece para dar lugar nuevamente al interior de la casa. Cinco segundos antes de levantarse nuevamente el telón, el tañer de campanas sube en tirabuzón y toma de nuevo el ritmo más rápido del comienzo del acto. Inmediatamente sube el telón, dejando ver el interior de la casa. Y termina el redoble con tres fuertes campanadas aisladas.

SEGUNDO MOVIMIENTO

[LA CASA]

El telón, que se eleva en medio del tañer de campanas, deja ver nuevamente el interior de la casa. Allí continúa la escena interrumpida al final del primer acto, segundo movimiento. ELENA sigue martillando en la horquilla del aparato. Las campanas cesan su redoble terminando con tres campanadas aisladas.

ELENA. (Martillando.) ¡Oiga! ¡Oiga! (Le contestan.) ¡Señorita! ¡Yo pedí con Campana, dos, tres siete! (Oye. Gesto de disgusto.) ¡Por favor, señorita! ¿Quiere volver a insistir? (Suplicando.) ¡Por favor, señorita! –Bueno, gracias... (Se levanta y mientras camina en dirección a la puerta de la calle se oye un nuevo aldabonazo. Solo

dos segundos la escena permanece desierta, cuando se oye:) ¡Ah!, ¡es usted! ¿Quiere pasar?

(Detrás de ELENA, que cruza toda la habitación en busca de un cigarrillo que luego enciende, entra la MADRE, pequeña, más pequeña que nunca.)

MADRE. Gracias, señora.

ELENA. ¿Qué la trae por acá?

MADRE. Usted... lo supondrá, señora. Yo quería preguntarle...

ELENA. *(Indiferente.)* ¿Qué?

MADRE. Como mi hijo todavía no ha venido...

ELENA. Ah, ¿no?

MADRE. Quería preguntarle si usted sabe algo.

ELENA. ¿Qué puedo saber yo?

MADRE. Yo me dije... como trabaja con el ingeniero... *(Pausa; mira hacia adentro.)* Él todavía no ha venido, ¿verdad?

ELENA. No, todavía no. *(Se enfrenta con la MADRE.)*

MADRE. *(Se le escapa.)* ¿Ha visto?

ELENA. *(Un poco molesta.)* ¿He visto, qué?

MADRE. No, decía... ¿no es raro?

ELENA. Usted lo verá raro. Se ha retrasado, nada más.

MADRE. Sí, pero tenían que venir ayer.

ELENA. Habrá tenido que hacer.

MADRE. Sí, eso es lo que yo quiero pensar, pero...

ELENA. ¿Pero qué?

MADRE. No, nada...

ELENA. *(Mirándola de arriba abajo.)* Me parece que su imaginación trabaja demasiado.

MADRE. Verá, señora...

ELENA. Mire, vuelva a su casa y espere sin miedo, que ya llegará su hijo.

MADRE. Sí, ya sé que va a llegar.

ELENA. ¿Y entonces de qué tiene miedo?

MADRE. No es miedo, señora.

ELENA. ¿Ah, no?

MADRE. No, miedo, no.

ELENA. ¿Entonces?

MADRE. *(Pausa. No encuentra la verdadera respuesta.)* La vida me ha enseñado así.

ELENA. Esa no es manera de vivir.

MADRE. Ya sé que no. ¿Pero qué se le va a hacer? No hay otro remedio. Un golpe detrás de otro le enseñan a una que no puede quedarse tranquila.

ELENA. ⁶³El que su hijo tarde un poco creo que no es motivo para preocuparse tanto...

MADRE. Sí, ya sé. Yo no digo que le haya pasado nada. Pero como todavía no ha llegado...⁶⁴

ELENA. Todos esos golpes que usted dice, deberían por lo menos haberla hecho un poco más dura.

MADRE. No, no crea eso, señora. Es mentira. Los golpes ablandan. Y una piensa que el que viene ya no lo va a poder resistir.

ELENA. (*Rompiendo.*) Bueno, me parece que estamos diciendo tonterías. Perdóne que hoy no tenga ganas de hablar; no me siento muy bien. Ahora váyase a su casa y espere, que de un momento a otro su hijo llegará.

MADRE. No, no son tonterías, señora.

ELENA. Bueno, perdóneme; pero de todos modos no estoy de humor para charlar.⁶⁵

MADRE. (*Sin intención, sinceramente.*) Claro, la estoy molestando.

ELENA. No, molestando no. Simplemente que no me siento muy bien.

MADRE. Usted también está preocupada, ¿verdad?

ELENA. ¿Quién dice eso?

MADRE. Yo me doy cuenta.

ELENA. ¡Por favor! Usted ve fantasmas por todas partes... Todas ustedes son iguales. En la tontería más pequeña adivinan una tragedia.

MADRE. Es... la vida.

ELENA. ¡La vida!

MADRE. Pues, claro... la vida.

ELENA. (*Dirigiéndose a la puerta de calle.*) Ustedes se la pasan hablando de la vida y ni siquiera tienen fuerzas para soportarla.

MADRE. (*Algo le interesa más. Le interrumpe el viaje.*) ¡Señora!

ELENA. (*Volviéndose.*) ¿Qué?...

MADRE. Usted perdone que la moleste, pero ya que tiene teléfono, ¿por qué no trata de enterarse?

ELENA. Ya lo he hecho...

MADRE. ¿Sin resultado?

ELENA. Estoy esperando.

MADRE. Ah, ya...

ELENA. Ahora enseguida contestarán.

MADRE. (*Ansiosa.*) Yo también quise hacerlo desde la panadería, pero no lo pude conseguir.

⁶³ A: *Pero caramba.*

⁶⁴ A: *no llegó*

⁶⁵ A: *pero de todos modos no tengo muchas ganas de hablar.*

ELENA. Es que ellos saben desde dónde llama uno...

MADRE. Sí, claro, ya supongo.

ELENA. Bueno, váyase tranquila y no piense más en cosas raras.

(Arranca otra vez hacia la cortina que da a la salida y queda allí.)

MADRE. *(Antes de que sea demasiado tarde.)* ¿Sería mucho pedirle que me dejara estar aquí, para saber si contestan?

ELENA. *(Un poco sorprendida.)* ¡Caramba! *(Como diciendo: «¡Qué vamos a hacer!»)*

Bueno... quédese... allí tiene una silla. *(Vuelve.)*

MADRE. No, gracias, señora, estoy bien así.

ELENA. Supongo que no va a estar todo el tiempo de pie. Siéntese. ¿Quiere?

MADRE. Gracias, señora. *(Se sienta.)*

ELENA. Aunque con estarse ahí no va a ganar nada... Pero si a usted le gusta...

MADRE. Es que... además... necesito saber enseguida si viene o no viene, ¿sabe usted?

ELENA. *(Curiosa.)* ¿Por qué?

MADRE. Porque hoy traía la quincena...

ELENA. *(Cortándole.)* ¡Ah! *(Después de una pequeña pausa.)* Pero de cualquier modo me parece que no ha de ser mucho lo que traiga.

MADRE. Para nosotros es bastante, señora.

ELENA. Bueno. *(Molesta.)* Si quiere esperar espere.

(Suena el timbre del teléfono. ELENA se acerca rápidamente. La MADRE se yergue. Al instante aparece RODOLFO por la puerta interior. Ahora lleva puesta una camisa. Mira desde allí a ELENA.)

ELENA. ¡Diga! *(Escucha.)* Sí... *(Primero desagrado y luego violencia.)* ¡No, señorita, no está! *(Cuelga.)*

RODOLFO. *(Con intención.)* ¿Para quién era?

ELENA. *(Sorprendida primero, luego fría.)* No era para usted.

(RODOLFO hace una mueca de rabia, comprendiendo que era «su» llamada, y se va.)

MADRE. *(Sin darse cuenta de nada.)* ¡Guapo chico! ¿Eh? *(ELENA no contesta.)* Más o menos de la misma altura que Andresito.

ELENA. *(Por decir algo.)* ¿Quién es Andresito?

MADRE. *(Sorprendida.)* ¡Mi hijo!

ELENA. *(Como recordando.)* Ah, sí.

MADRE. ¿Tiene veintitrés años también?

ELENA. Sí, creo que sí. *(Ya le cansa.)*

MADRE. ¡Qué hermosa edad es esa! La vida tiene otro color en esos años.

ELENA. *(Aparenta condescendencia, pero es ironía.)* Trate de no hablar más de la vida, por favor...

MADRE. (*Se achica.*) Perdone, señora. (*Pequeña pausa.*) Pero es tan difícil hablar de cualquier cosa sin hablar de la vida...

ELENA. Sí, ya lo sé. Eso es lo que les pasa a ustedes, que no saben pensar en otra cosa.

MADRE. (*Ingenua.*) ¿Y en qué otra cosa se puede pensar?

(*RODOLFO llega desde adentro con una chaqueta de sport; cruza lentamente y se va por la puerta de calle.*)

ELENA. (*Antes de que desaparezca.*) ¿Adónde vas?

RODOLFO. (*Con intención.*) ¡A hablar por teléfono! (*Sale.*)

ELENA. (*Sin poder disimular los nervios.*) ¡Qué barbaridad!

MADRE. Sí, todos los muchachos son iguales... Hay que saberlos llevar y tratar de enseñarles. Ellos se enfadan, murmuran, protestan... hasta insultan. Pero es porque son jóvenes. Después se les pasa y ya no se acuerdan de nada. Y cuando son dos hermanos, es mucho peor... Uh, ¡en casa he tenido que pasar por tantas! Ustedes mismos, se habrán peleado bastante, a pesar de la diferencia de edad...

ELENA. (*Con simpleza.*) No es tanta la diferencia de edad.

MADRE. (*No hace caso.*) Es que los muchachos son así. (*Habla con cariño.*) Ellos se enfadan, después se ríen, después se vuelven a enfadar... siempre así. Ellos no piensan. ¿Comprende?

ELENA. O piensan cosas que no deben pensar.

MADRE. (*Atreviéndose a hablar casi íntimamente.*) Nosotras también pasamos por eso, ¿verdad?

ELENA. (*Queriendo tomar risueñamente la situación pero logrando sólo demostrar su disgusto.*) Parece que usted está decidida a aumentarme la edad a la fuerza... No sé si se habrá dado cuenta de que entre usted y yo hay un montón de años de diferencia.

MADRE. Sí, válgame Dios. Salta a la vista. Usted es una señora muy joven. (*Pausa.*) Pero ya está casada... tiene su hogar... en fin, ya tiene la vida hecha.

ELENA. (*Intentando tomarlo a broma.*) ¡Qué gracioso! ¡De manera que cuando una se casa tiene que olvidarse ya de la juventud!

MADRE. Pues... se la hacen olvidar a una...

ELENA. Eso le habrá ocurrido a usted.

MADRE. (*Pensando.*) Sí... claro... Con usted puede ser diferente. Usted tiene de todo aquí. Pero en cambio yo... (*Cambiando y descubriendo.*) Además usted no tiene hijos.

ELENA. (*Fría.*) No los tengo porque no quiero tenerlos, simplemente.

MADRE. (*Asombrada.*) ¿Porque no quiere tenerlos?

ELENA. Claro. (*Hay un silencio. El asombro de la MADRE molesta a ELENA.*) Siempre hay tiempo para esas cosas. Es bonito tener hijos⁶⁶, pero dan demasiado trabajo. (*La MADRE, cada vez más asombrada.*) ¡Además ahora, con este problema del servicio doméstico, ni pensar!

MADRE. (*Se restablece de la sorpresa poco a poco. Cree que comprende.*) Ahí está, ¿lo ve? Ustedes piensan en todo. En cambio, una ni piensa en el hijo. Lo tiene y se acabó. Cuando ya está, hay que darle de comer. Eso es lo que hay que pensar en ese momento. Otra cosa no. (*Pequeña pausa.*) Y cuando se descuida llega el otro, atropellándolo todo, comiéndoselo todo. ¡Ah! ¡No dan tiempo para pensar, no!

ELENA. ¿Y para qué tiene hijos?

MADRE. Pues... si uno no tiene hijos... ¿para qué se casa? Ellos, a pesar de todo, nos dan lo mejor...

ELENA. Entonces no se queje.

MADRE. No, yo no me quejo de ellos. ¿Quién se puede quejar? Claro que sería tan bonito poder darles todo lo que una quiere...

ELENA. Creo que se trata de saber hacerlo, nada más.

MADRE. Sí, señora, usted lo dice enseguida, pero una tiene que tener para poder darles.

ELENA. Trabajando, se tiene.

MADRE. Sí, pero no alcanza.

ELENA. Porque cada día quieren más y más.

MADRE. No, señora. Una quiere para lo que necesita, nada más. (*Nota que ELENA está molesta.*) Pero no vaya a creer que yo me quejo. Una vive... Es pobre, pero qué se le va a hacer. Dios así lo quiso. Una vive...

ELENA. Menos mal. Ahora hay muchos que no lo comprenden así.

MADRE. Es que... son jóvenes.

ELENA. (*Continuando con su idea.*) Se creen que los que han hecho una fortuna la han hecho porque sí.

MADRE. (*Continuando con la suya.*) Pero después a una la vida le enseña.

ELENA. (*En la misma dirección.*) Como si costara poco.

MADRE. (*Reaccionando.*) Sí, no vaya a creer que yo no la entiendo. ¡Me figuro lo que debe costar! (*Lo dijo ingenuamente.*)

ELENA. (*Insistiendo.*) La gente se cree que una tiene dinero por su linda cara.

MADRE. (*De acuerdo.*) ¡Digo!

ELENA. El que tiene, tiene porque se lo ha ganado.

MADRE. Claro.

⁶⁶ A: *Los hijos son muy bonitos*. En G: «Los hijos son muy lindos», pero Gorostiza le indica que «lindos quiere decir no precisamente lindos, sino un montón de cosas, como agradables, convenientes, etc., es decir, que a todos les gusta tener hijos». De ahí la versión mejorada de B.

ELENA. Y el que no tiene, no tiene porque no se lo ha sabido ganar.

MADRE. Sí, pero sería tan bonito no tener que pensar en eso.

ELENA. ¿Cómo no pensar en eso?

MADRE. Pues... claro... Una tendría que trabajar y nada más. Ganar para lo que necesita. Si una no trabajara sería diferente. Pero si una trabaja debería tener derecho a vivir en paz.

ELENA. (*Más cansada.*) Mire, a mí no me interesa en absoluto. Pero no me explico cómo si trabajan los tres no les alcanza el dinero...

MADRE. Es que pagan poco, ¿sabe usted?

ELENA. (*La mira inquisidora.*) ¿Qué quiere decir con eso?

MADRE. No, señora. No vaya a pensar que lo digo por Andresito. Él es joven y en comparación le pagan bastante bien. Pero a nosotras, a mi chica y a mí...

ELENA. ¡Ah! Yo creí que tampoco estaba conforme con lo que le pagan a su hijo.

MADRE. No. ¡Qué va! Él lo gana bien. Y está muy contento con el ingeniero, ¿sabe?

ELENA. ¡Como que iba a encontrar otro igual que Luis!

MADRE. Andresito también es muy bueno...

ELENA. (*Retadora.*) Todos esos que están en la calle son sus amigos, ¿no?

MADRE. (*Tímidamente.*) Sííí...

ELENA. Entonces no podrá ser muy bueno, si se junta con ellos. Están todo el día haraganeando por ahí. Por lo menos podría decirles que no se paren precisamente en esta esquina.

MADRE. (*Sin solución.*) ¿Y adónde van a ir los muchachos?

ELENA. (*Asombro y enojo.*) ¡Cómo adónde! ¡Como si no hubiera más sitios que este!

MADRE. (*Siguiendo sus pensamientos.*) No es por contradecirla, señora, pero son todos buenos chicos. Lo que pasa es que son todos de la calle. Pero de todos modos Andresito es diferente. Yo traté de que estudiara todo lo posible. Después, desgraciadamente, tuvo que ponerse a trabajar, pero...

(*Entra RODOLFO por la puerta de la calle. Lento, altivo.*)

ELENA. (*Interrumpiendo a la MADRE.*) ¿Hablaste ya todo lo que tenías que hablar?

(*RODOLFO la mira con desprecio y no contesta. Entra y desaparece.*)

MADRE. ¡Ay, qué guapo es!

ELENA. (*Irónica, pero para sí.*) Sí, muy guapo.

MADRE. (*Con cierta pena, pero sin envidia.*) ¡El sí que puede estudiar, seguir una carrera, ser un hombre importante!...

ELENA. (*Como antes.*) Un hombre importante...

MADRE. ¡Ya lo creo! Figúrese, dentro de unos años...

(Se oyen dos fuertes aldabonazos que provienen de la puerta de calle. La MADRE se detiene en su charla.)

ELENA. ¡Quién puede ser ahora!

(Desaparece por la cortina. Sólo dos segundos está la MADRE sola, mirando, pequeña, pequeñísima, a su alrededor. Luego entra ELENA, después de haberse oído:)

PANADERO. *(Jovial.)* ¡Buenos días!

ELENA. ¡Ah, pase! ¡Venga, déjelo aquí!

(Entra ahora ELENA seguida por el PANADERO.)

ELENA. Un momentito...

(Desaparece, yéndose al interior de la casa.)

PANADERO. *(A la MADRE.)* ¿Cómo? ¿Usted aquí?

MADRE. Ya lo ve...

PANADERO. ¿Todavía no pudo telefonear?

MADRE. No...

PANADERO. ¿Y qué dice la señora?

MADRE. Pues... también está esperando...

(Entra ELENA con un cestillo de pan.)

ELENA. Póngalo aquí...

PANADERO. Sí, señora. *(Coloca el pan.)* Hoy viene el ingeniero, así que le dejo un kilo, ¿no?

ELENA. Sí, un kilo. *(Silencio de todos.)*

PANADERO. Desde mañana aumenta el pan, ¿eh?

ELENA. ¡Cómo, otra vez!

PANADERO. Y, qué se le va a hacer, todo sube.

ELENA. Me parece que hay bastante trigo.

PANADERO. Sí, pero ya sabe usted; todos quieren ganar más... *(Ya terminó de colocar el pan.)*

ELENA. *(Llevando el pan adentro.)* ¡No sé adónde vamos a ir a parar!

PANADERO. *(La MADRE es un excelente blanco.)* Figúrese. Todo sube, el sueldo no alcanza. Entonces piden aumento. Viene el aumento, entonces todo sube. Y no alcanza el sueldo otra vez. ¿Qué se puede hacer?

MADRE. Claro... *(La interesa otra cosa.)* ¿Cuánto aumenta el pan?

PANADERO. Cincuenta y cinco. *(La interesa otra cosa.)* Este es el resultado de la guerra, ¿ve? *(Llega ELENA de adentro.)* Cuando hay una guerra siempre pasa lo mismo. Y hasta que no se acaben las guerras esto no se va a arreglar.

ELENA. *(Fastidiada.)* ¿Qué tiene que ver la guerra?

MADRE. Pues, la pobre gente que se muere.

PANADERO. No, no es eso. ¿Usted sabe los millones que se tiran en armas y otras cosas? (*Mueve la cabeza.*) Pero la guerra es algo que yo no entiendo. Se pelean por esto. (*Hace signo de dinero con los dos dedos.*) Porque eso de los intereses, del petróleo y etcétera, no es otra cosa, y después se quedan sin nada. Porque todo se lo gastan tirando tiros.

MADRE. Y matando gente...

PANADERO. (*Arrancando para irse, como último pensamiento, un poquito escéptico.*) Lo que yo me pregunto es una cosa... ¿La gente se quedará alguna vez tranquila, viviendo y dejando vivir? Porque con eso sería suficiente.

MADRE. Ya lo creo que sería suficiente.

PANADERO. (*En retirada.*) ¡Pero está el dinero, amigo! ¡Ah, el dinero! (*En la cortina:*) Bueno, hasta mañana, señora. (*A la MADRE:*) ¡Hasta mañana!

MADRE. Hasta mañana. (*El PANADERO se fue.*) Tiene razón el hombre.

ELENA. Es un charlatán más. ¡Hay tantos ahora!

MADRE. Pero eso de la guerra... Yo no entiendo mucho, pero a mí me parece...

ELENA. A usted le parecerá. Pero sigue siendo un charlatán.

MADRE. Puede ser...

(*Suena «furiestamente» el timbre del teléfono. ELENA corre a atender. La MADRE se levanta; queda pendiente de un hilo.*)

ELENA. ¡Diga! ¡Diga! (*Escucha.*) Sí. (*Decae su ánimo.*) Sí. ¿Pero lo han intentado otra vez?... ¿No hay manera?...

(*RODOLFO vuelve a entrar, lentamente, atento a la conversación telefónica.*)

ELENA. ¡Lo que pasa es que son unos inútiles! (*Cuelga rabiosa.*)

MADRE. ¿No se puede?

ELENA. ¡No! (*Con desprecio.*) ¡Dicen que el teléfono debe de andar mal!

MADRE. (*Mirándola profundamente.*) Usted decía que no me preocupara, pero usted también está preocupada.

ELENA. No es preocupación. Es rabia. Podía haber avisado de alguna manera.

MADRE. A mí es eso lo que me preocupa. ¿Por qué no avisaron?

(*Pausa eléctrica.*)

ELENA. (*Con excesiva violencia y disgusto.*) Bueno, creo que ya nada tiene que hacer aquí. Ya ha visto. No se puede conseguir comunicación.

(*RODOLFO se sienta junto a la radio y conecta el aparato.*)

MADRE. Sííí. (*Pero no se mueve.*)

ELENA. ¿Qué es lo que quiere ahora?

MADRE. Pues...

ELENA. Por favor, señora. (*Comienza a hacerse oír el aparato, que ya se ha calentado.*) La dejé estar aquí todo este tiempo porque había una razón que podía ser comprendida. Pero ahora no hay ninguna. Y deseo⁶⁷ estar sola.

MADRE. Verá, señora...

(*La radio ya se oye fuerte y RODOLFO, haciendo girar el dial, provoca ese extraño ruido que se produce cuando las estaciones pasan velozmente.*)

ELENA. ¿Quieres apagar esa radio? Creo que no es momento para eso.

RODOLFO. (*Pesadamente.*) ¿Se puede saber cuándo es momento para cualquier cosa aquí dentro?

ELENA. ¡No sea insolente! ¿Quiere?

(*RODOLFO apaga la radio, y se va.*)

MADRE. Yo sé que este no es el momento, señora, pero tengo que pedirle un pequeño favor.

ELENA. ¿Un favor?

MADRE. Sí. Yo creo que para usted no tendrá importancia, pero para mí representa mucho.

ELENA. (*Aguantando.*) Bueno, hable.

MADRE. Ya le dije que estaba esperando a que viniera Andresito con la quincena porque tenía que pagar una pequeña deuda.

ELENA. Ah, dinero.

MADRE. Sí, señora, figúrese. Yo no la molestaría si no necesitara tanto esos duros.

ELENA. Claro.

MADRE. (*Alentada.*) Yo pensé que usted podría adelantarme la quincena de mi hijo. Yo se la devolvería en cuanto viniese.

ELENA. Usted sabe que yo no tengo nada que ver con los asuntos de mi marido.

MADRE. Sí, claro, lo supongo. (*La mira asombrada.*) Pero no creo que usted lo diga por esto.

ELENA. ¿Por qué lo voy a decir?

MADRE. Es que esto es diferente.

ELENA. No veo la diferencia. Usted quiere que yo le pague el sueldo de su hijo. Que por otra parte a estas horas ya debe estar pagado.

MADRE. (*Como aclarando.*) Aunque no sea más que cien duros, señora.

ELENA. ¿Y para qué quiere tanto dinero?

⁶⁷ A: Y tengo ganas

MADRE. Tengo que pagar una cuenta. Me habían dado de plazo hasta ayer, y como Andresito no vino no la pude pagar. Si no la pago antes de las doce tendré que ir a la comisaría.

ELENA. Eso le pasa por meterse en deudas.

MADRE. ¡Qué va a hacer una!

ELENA. De todas maneras, ya le he dicho que espere hasta las doce. Para esa hora ya estará aquí su hijo.

MADRE. ¿Y si todavía no vino?

ELENA. Pierda cuidado, que vendrá.

MADRE. (*Sigue aclarando, con menos fuerza.*) Pero no son nada más que cien duros, señora..

ELENA. Creo que ya le he dicho lo que pensaba de eso.

MADRE. (*Humillándose un poco.*) Es que cuando llegue mi hijo se los voy a devolver.

ELENA. Yo no tengo nada que ver con el sueldo de su hijo.

MADRE. Pero su esposo...

ELENA. En cuestiones de dinero yo no tengo nada que ver con mi marido. (*Pausa. La MADRE encoge la cabeza.*) Y no vaya a pensar que no se los quiero dar porque me duela desprenderme de cien duros. Sino para escarmiento. Si todos hicieran así, aprenderían a guardar bien lo que ganan...

MADRE. ¿Pero usted cree que yo tiro los cuartos, con todo lo que cuesta ganarlos?

ELENA. De otra manera no me lo explico.

MADRE. Ya se lo dije, señora. Lo que pasa es que no alcanza.

ELENA. No me va a hacer creer que si trabajan los tres no les alcanza el dinero.

MADRE. No, señora, no nos alcanza. Los tres también tenemos que comer, vestirnos, pagar el alquiler...

ELENA. Bueno. Esas son cosas que a mí no me atañen.

MADRE. Sí, lo comprendo. Pero a usted no le costaría nada adelantarme esos cien duros.

ELENA. Mire. Tengo por costumbre no dar limosnas ni prestar dinero. Para mí, las dos cosas tienen igual significado. En este mundo todos tienen la misma oportunidad. El que no la sabe aprovechar, allá él. Nosotros no tenemos por qué después ir salvándolos de los apuros. Mejor es darles una lección.

MADRE. (*No oye nada.*) Pero no son más que cien duros, señora.

ELENA. Aunque fueran diez... ¡Y aunque fuera uno!

MADRE. ¿Entonces quiere decir que no?

ELENA. No.

MADRE. (*Agobiada se retira hacia la cortina.*) Bueno...

ELENA. (*No puede terminar así.*) Y le aconsejo que en adelante trate de evitar situaciones como esta.

MADRE. (*Sin fuerzas.*) Dios sabe que yo no las deseo.

ELENA. No las desea pero las provoca.

MADRE. (*Algo va comprendiendo.*) Yo creía que usted en el fondo no era como es.

ELENA. ¿Qué quiere decir con eso?

MADRE. (*Continuando.*) Si no, no le hubiese pedido nada.

ELENA. ¿Quiere explicarse?

MADRE. ¿Para qué? Seguramente usted no tiene la culpa. Nació y vivió siempre entre cosas como estas...

ELENA. ¿Y eso qué tiene que ver?

MADRE. (*Más MADRE que nunca.*) Pues... eso la hace diferente a una, ¿sabe?

ELENA. (*Irónicamente.*) Usted cree que yo no tengo corazón, ¿no es así?

MADRE. No, yo sé que lo tiene. ¡Quién no lo tiene!

ELENA. ¿Entonces?

MADRE. Pero... viviendo aquí una se debe olvidar de tantas cosas...

ELENA. (*Hiriente.*) Como por ejemplo de deber dinero a la gente.

MADRE. (*Comprende tristemente y hace una pausa.*) Eso, si pudiera olvidarlo, yo también lo olvidaría, señora.

ELENA. (*Ahora se divierte, casi.*) ¿Entonces de qué cosas se olvida una viviendo... aquí?

MADRE. De la necesidad de todos los días, de los apuros. Eso les hace diferentes. No comprenden que una pueda necesitar. Una, que pasa esta vida, lo sabe, pero ustedes...

ELENA. (*No le gustó.*) ¿Nosotros, qué?...

MADRE. (*Triste, retándola casi cariñosamente.*) No son buenos... no son buenos...

ELENA. ¿Usted me va a decir ahora lo que debo hacer?

MADRE. No, yo no, pero...

ELENA. (*Interrumpiéndola.*) Lo que pasa es que todos ustedes están mal acostumbrados. Y cuando se les da un dedo se toman el brazo. Eso me pasa por dejarla esperar aquí. Para otra vez ya sé lo que tendré que hacer.

MADRE. (*Tranquila, queriendo desentenderse de esta situación.*) Bueno, señora, pierda cuidado que no vendré más.

ELENA. Usted lo que se merecería es que mi marido despidiera a su hijo.

MADRE. (*Asustada, habla llena de ansiedad.*) No, señora, por favor, eso no. No vaya a hacer eso.

ELENA. Eso es lo que se merece.

MADRE. Pero usted no lo hará. ¿Verdad, señora?

ELENA. Ya veremos... Y ahora puede retirarse.

MADRE. (*Decidida por su terror.*) No, antes me tiene que prometer que no lo hará.

ELENA. Lo pensaré primero. Y ahora haga el favor de retirarse.

MADRE. No, señora, prométame que no.

(Llega el PADRE, escuchando las últimas palabras de la MADRE. Su paso es lento. Lleva la misma expresión de abatimiento que mostraba al entrar en la casa, durante el movimiento anterior. Mira a las dos mujeres en forma casi alucinada.)

ELENA. *(Reparando en el abatimiento del PADRE.)* ¿Qué te pasa?

MADRE. *(Continuando.)* Señora...

ELENA. *(Más fuerte.)* ¿Qué te pasa?

(El PADRE no contesta. Mira.)

MADRE. Señora...

ELENA. ¿Quiere usted irse de una vez?

MADRE. No, señora, no me voy hasta que me prometa que no hará despedir a mi hijo...

ELENA. *(Ya furiosa.)* ¡Sí, lo haré despedir! Y váyase ahora mismo porque no la aguanto más.

(La MADRE está cada vez más encogida.)

PADRE. *(Muy lentamente, como si le costara un gran esfuerzo hablar.)* ¿Por qué vas a hacer que echen a su hijo?

MADRE. *(Recuperándose.)* Dígale que no lo haga, señor.

ELENA. *(Al PADRE.)* ¡Porque estas impertinencias no hay por qué aguantarlas!

MADRE. Solo le pedí dinero que necesitaba, señor. El sueldo adelantado de mi hijo.

PADRE. ¿Eso es todo?

ELENA. No. Eso no es todo. ¡Además es una impertinente!

PADRE. *(Acercándose a la MADRE.)* Tome.

(El dinero que le da lo ha sacado del bolsillo: es el mismo que media hora antes agitó frente a su hija.)

MADRE. *(No quiere recibirlo.)* No, señor, gracias. Yo ahora lo que quiero es que no despidan a mi hijo.

PADRE. *(Nervioso; de ninguna manera enojado.)* ¡Tome!

ELENA. ¡Quítale ese dinero!

PADRE. *(Sin voluntad.)* Es suyo.

ELENA. *(Más violenta.)* ¡Quítale ese dinero! *(Espera la respuesta, tensa, pero no llega. Con los dientes apretados.)* Esto no lo olvidaré en la vida.

PADRE. *(Recuperando poco a poco su voz.)* Yo tampoco.

ELENA. *(Abalanzándose sobre la MADRE y tratando de arrebatarle el dinero.)* ¡Deme eso!

PADRE. *(Con una velocidad inesperada se interpone y toma fuertemente el brazo de su hija.)* ¡Elena!

ELENA. ¡Déjame! ¡Déjame!

PADRE. (*Alucinado; su voz es un grito.*) ¡Basta!

(ELENA calla. Retrocede. Herida como una salvaje que ya espera la venganza.)

PADRE. (*Cae hasta las profundidades de su frágil espíritu. Su voz también es profunda, pero también es frágil.*) Ya has recibido el castigo de Dios...

ELENA. (*Sorprendida, desafiante.*) ¿Castigo de Dios?

PADRE. (*Ya tranquilo, casi tranquilo.*) Ahora váyase, señora, se lo ruego.

ELENA. (*Más desafiante aun.*) ¿A quién tiene Dios que castigar?

MADRE. No, señor. La señora va a hacer despedir a mi hijo...

PADRE. (*Casi para sí.*) No. (*Terminante.*) Pierda cuidado que no.

ELENA. (*Encuentra allí mismo la venganza.*) ¡Sí! ¡Lo haré despedir!

PADRE. (*Agotado. Encuentra casi en las palabras un consuelo para sí y un castigo para su hija.*) Es tarde. Por más que quieras, ya no podrás...

(Pausa. ELENA siente nacer en sí el terror. La MADRE comienza a estirarse en sus nervios, sin aliento.)

ELENA. ¿Qué pasa? (*Ahora su voz es grave; lleva en sí el terror.*)

PADRE. (*En otro momento, el tono sería de burla.*) Qué pasa. Lo que pasa siempre, despacio o furiosamente... (*Se siente agotado.*)

ELENA. (*Más grave aun.*) ¿Quieres hablar?

PADRE. (*En sí mismo, alterándose, perdido.*) Y uno no puede comprender nada. Aunque piense, y piense, y piense.

ELENA. (*Con la misma voz.*) ¿Quieres explicar de qué estás hablando?

PADRE. (*Vuelve al lugar. Su voz, en la que hay compasión y rabia, es la de un juez que dicta una sentencia.*) De Luis...

ELENA. (*Casi gritando.*) ¿Qué pasa con Luis?

PADRE. (*Su mirada es la voz que explica.*)

ELENA. No... (*En el mismo tono y volumen de voz.*) No. (*Espera al PADRE, que nunca llega.*)

PADRE. (*Sin tono, incapaz ya de sentir la fuerza de la muerte.*) La grúa se desprendió del puente y sepultó a todos en el fondo del agua.

ELENA. (*Mirando estúpidamente.*) No. Todo eso es mentira.

PADRE. (*Buscando, perdido, la razón de todo.*) ¡Para ti todo será siempre mentira!

ELENA. (*Espera todavía, sin encontrar el llanto.*) ¡Cállate, cállate!

PADRE. (*Igual que antes.*) Ya es inútil. ¡Podrás quedarte con esto, pero esto ha caído para siempre!

(ELENA tiembla, ruge, pero no llora.)

ELENA. (*Se acerca ahogada, al PADRE, y lo sacude por los brazos.*) ¡No, es mentira! ¡Es mentira!

PADRE. *(Desprendiéndose de su hija; «yéndose».)* Todo será siempre mentira...

(Cada vez más fuerte se escucha el ulular de una sirena. Todos quedan quietos, llenos de terror. El PADRE tiene las espaldas encorvadas y soporta sobre sí la culpa de su vida. ELENA todavía parece no comprender esto, así como nunca comprendió nada. La MADRE reza con su mirada. Sus labios apretados se aprietan más y su mano se acerca suave, suavemente a ellos. En un puño, el dinero aparece sucio y retorcido. Al fin, el sonido de la sirena se hace insoportablemente fuerte. Termina con un brusco chirriar de frenos frente a la casa. ELENA corre al balcón grande y abre las persianas de par en par. La luz entra a torrentes. RODOLFO, muñeco sin profundidad de voz, con una mueca estúpida en el rostro, llega de dentro y abre el otro balcón. La luz entra violentamente y ahora el interior se ha transformado con esta claridad. ELENA y RODOLFO muestran el espanto en sus rostros. RODOLFO queda allí, duro. ELENA vuelve al PADRE, luego a la MADRE, que es toda una lágrima, y repite:)

ELENA. No, no puede ser, es mentira, no puede ser...

(Su voz es otra; su verdadera voz está atrapada en la garganta junto al llanto. Mientras tanto han golpeado la puerta y al mismo tiempo RODOLFO se ha animado y ha ido a abrir. Vuelve enseguida siguiendo a un HOMBRE de campera de cuero, que hace girar un sombrero en las manos. Le habla al PADRE como si ya lo conociera.)

HOMBRE. Entonces... *(Murmura señalando hacia afuera.)*

PADRE. Sí... *(Dice el PADRE suavemente.)*

(El HOMBRE sale y ELENA va al fin comprendiendo lo que no quería comprender. Al fin su llanto estalla; el dique se ha roto. Se acerca al PADRE, ya tibio y tierno.)

ELENA. Papá... *(Murmura como una niña.)*

PADRE. Sí. *(Dice el PADRE sin expresión. Y apoya la cabeza de ella sobre su pecho.)*

(El HOMBRE vuelve entonces desde afuera. Lo siguen dos ENFERMEROS transportando una camilla con un cuerpo. Llegan hasta la mesa baja y allí lo depositan. ELENA se desprende de los brazos del PADRE y se lanza sobre el cuerpo.)

ELENA. ¡Luis! ¡Mi Luis!⁶⁸ *(Exclama llorando. Levanta la sábana que cubre el cadáver y lanza un grito:)* ¡No! ¡Este no es Luis!

(Luego se para y gira desafortadamente a los hombres. El de campera no sabe qué hacer. Mira a los otros hombres y luego se acerca a la camilla. Se vuelve, lleno de estupor; mueve la cabeza y mira otra vez.)

⁶⁸ A: ¡Mi Luis querido!

HOMBRE. ¡Pero qué han hecho!... ¡Entonces han dejado al ingeniero en la casa del muchacho!

(Todo sucede al mismo tiempo. Es tan fuerte, que el corazón apenas alcanza a saltar de uno a otro. La MADRE, en la cumbre de su callada desesperación, se acerca silenciosamente a la camilla. Su gemido es más que silencio. Por el balcón abierto a la luz se ve pasar corriendo a los muchachos de la calle. Se precipitan hacia adentro e inundan el interior. Rodean el espacio moviendo apenas los pies. Es una triste invasión de la calle. ANGELITA también vino con ellos; cuando ve a su MADRE gira y se abraza al pecho de TILO. ELENA, despavorida, mueve las manos y el cuerpo desesperadamente. Algo se le escapa. Corre en su busca.)

ELENA. ¡Luis! ¡Luis!

(Su grito es más desesperado que su rostro, ya sin expresión, detenido en el horror. Sale a la calle corriendo. Se inclina hacia adelante cuando corre, en busca de lo que ya no está. Se la ve pasar por el balcón abierto, en dirección a la casa del muchacho. RODOLFO, idiota, más idiota que nunca, mira a todos sin comprender aún nada. Al fin, tropezando, vacilando, sigue a su hermana, mientras la iglesia vecina anuncia, con sus campanadas, el fin de la misa. El redoble es más lento aún. Entre nota y nota, hay una serie de notas extrañas. El PADRE está a un costado, claro, evidente, con la cabeza gacha y el cuerpo recogido. Él también es culpable en la vida. RODOLFO pasa vacilante por el balcón, desapareciendo. La MADRE está ya cerca de su hijo muerto. Lenta, muy lenta, su cabeza cae, sin nervios. El dinero no tiene ya nada que hacer en sus manos y cae al suelo, escapándose. Todos, callados, quietos, están donde deben estar. Las manos de la MADRE, al fin, acarician sin llanto la cabeza del muchacho. Quedan solo el silencio y las campanas hasta que el lento tañer también termina cuando el telón, lentamente, tristemente, baja y todo desaparece con el último toque de las campanas.)

FIN